

MEMORIAS
DE UN JUEZ DE PAZ

Memorias

DE UN

Juez de Paz

Puestas en orden y escritas en forma narrativa

POR

SALVADOR CORDERO

Profesor titular de lengua nacional en la Escuela normal preparatoria.

LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida del Cinco de Mayo, 45

1913

A ENRIQUE MARTÍNEZ SOBRAL,

con mi profundo afecto.

A ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS,

con mi cariñosa adhesión.

PARA EL LECTOR

Á GUISA DE PROEMIO

De arcaico anaquel, comprado de lance, entre otros armatostes, á un viejo anticuario, morador de rústico pueblecín, he sacado algunos papeles que en disgregada confusión yacían, quién sabe cuántos años ha; en el rincón más obscuro de tan insólito mueble; y unas veces haciendo prodigios visuales por descifrar los raros palotes de su escritura deslavada y mohosa, y otras, completando con el hilo de los acontecimientos los principales apuntes en ellos consignados; he logrado, á fuerza de ingente labor, ordenar, y en forma narrativa escribir, las impresiones personales y un tanto observadoras de un activo

Juez de pueblo que, aunque rudo y de poca cultura, pudo comprender y darse cuenta de las alegrías, dolores, vicios y estado social de su tiempo.

Y ahí van, lector amigo. Sé con ellas benévolo y no peques de huraño en su conocimiento, relegándolas sin leerlas, al cesto de las cosas inútiles; que, si observaciones quizás pueriles, son muchas de ellas, no por eso dejan de tener su picorcillo y su amargura : fuentes ambas de constante paralelo en la vida, y á veces encontrados elementos, que luchan á porfía por adueñarse de las humanas flaquezas.

Memorias de un Juez de paz

CAPÍTULO PRIMERO

Al declinar de una tarde airosa y desapacible de un mes de marzo, yo, Pedro Candelillas, mi mujer y una andrajosa fámula de abigarrada indumentaria pastoril, trayendo en vilo al único vástago de nuestro prematuro matrimonio, entrábamos, como á hurtadillas y descorazonados, en el pintoresco pueblo de Sacapalmillas, verde como una esmeralda, salubre como un paraíso y triste como un cementerio.

Nuestro arribo á él, pudiera decirse que era una improvisación, un deseo juvenil, una calaverada; algo así como una necesidad de mudar

de aires y costumbres; en una palabra, el antojo de lo desconocido y hasta un poco del amor á la vida campestre, que, de seguro, moraba en espíritu por no sé qué recónditos atavismos, y que de cuando en cuando me hacían soñar, imberbe citadino, con las delicias de una paz profunda, al arrimo de una montaña ó al pie de un cerro, en humilde choza de bálago, lejos de los hombres y muy cerca de la naturaleza.

Mis años eran relativamente pocos: andaba á la sazón picándole los talones al vigésimo tercero de mi edad, y aunque un tanto conocedor de penas y sinsabores, mi juventud se hallaba en plena florescencia; y mis ensueños, como un mar de muy lejanas riberas, tejían y destejían fantasmagóricas idealidades, en el profundo seno de sus encontrados espejismos. Si bien era cierto que la versatilidad era uno de mis mayores defectos, no por eso me impedía ver con los ojos de un criterio sano, hacia dónde iban y en qué punto chocaban muchos de los descalabros y artificiosas engañifas de los hombres. Así, pues, mi ánima vivía segura

y no estaba muy cerca de enredarse en alguna maraña que pudiera dar al traste con su tranquilidad y bienestar.

Mis conocimientos eran escasos y de un barniz á todas luces superficial.

Mi padre, pobre artesano de la ciudad, cargado de hijos y necesidades, no pudo darme la educación siquiera mediana que, por aquellos tiempos, era de rigor en el orden de la enseñanza científica; por razón de lo cual, hube de conformarme con martajar á medias las cuatro principales reglas de la aritmética y aprender á leer y escribir, con pausado sonsonete y pésima ortografía. Eso sí, mi afición por la química se me conocía á ojos vistas : no había sal ó substancia de uso doméstico que sirviesen para teñir ó desteñir diversidad de objetos caseros, que no conociese, ni laboratorio químico en donde no hubiera, por acaso, asomado las narices. Causa de tal afición, fué mi ingreso á una tintorería, de la que fuí, por mucho tiempo, el lustre, el perito, el maestro mimado de mis patrones y el oráculo de la parroquia que á ella

concurría, para transformar en negro lo azul y en verde lo morado.

Mi estancia continuada en oficio tan de mi agrado, me permitió juntar algunos ahorrillos, con los cuales y una poca de perseverancia en el espíritu, uní mis destinos y celebré el más rumboso casamiento del barrio, con una jovencita de mi vecindad, desmedradilla y enclenque; pero de angelical condición y mansa voluntad; sintiéndome, desde entonces, ya apto para afrontar los riesgos y amarguras de la vida, en paz con mi conciencia y con un amor profundo en el alma por mi pudorosa y amante compañera.

La llegada á este pícaro mundo, contra todo lo esperado, de una rolliza criatura, perfectamente constituida, serenó un tanto mis inquietudes y acabó de apegarme al calor de la familia, garantizando, por largo tiempo, el sosiego y la dicha, en el seno de mi desmantelado hogar.

Mi trabajo era constante y no ofrecía riesgos de acabarse pronto, mi salario era seguro y con religiosidad pagado, mi fama de químico

experto ascendía cada vez más entre los clientes de la tintorería; y algo como un cuidado superior, vigilaba y ponía sin tropiezos ni obstáculos el camino que aun me quedaba por recorrer. Pero mi pasión por la vida del campo, no daba punto de reposo á mi espíritu, que anhelaba por sacudirse el polvo de la ciudad; y ese, y no otro, fué el motivo que me conducía á Sacapalmillas, en pos de una ilusión, por algunos lustros perseguida.

Como mis recursos eran pocos y mis bártulos escasos, hube de avecindarme en una casita de muy modesta apariencia, lejos del centro de la población, al término de una callejuela angosta y pedregosa; pero con bastante luz, aire saturado de oxígeno y muchas y abundantes flores. Estaba, pues, alegre y satisfecho. ¡Mi hazaña era en verdad arriesgada: ya que no contaba con elementos seguros; puesto que todo lo había abandonado por un porvenir incierto; pero... ¡qué caramba! para cuándo era el esfuerzo humano! Hasta ese momento todo había sido hecho á la medida de mis deseos. Era, por

lo tanto, preciso afrontarse con el destino y luchar en el medio que me había buscado por propia voluntad. ¿Trabajo? Ya lo encontraría allí mismo. Con una poca de paciencia y perseverancia. Entonces, más que nunca, venían perfectamente á cuento las agudezas y refranes de mi maestro de primeras letras, cuando entre huraño y grävedoso me decía : « Candelillas, el mundo es muy grande y mientras más lo recorre el hombre, más cerca está de su perfección moral. »

Y con el recuerdo de este dicho, para mi casi un apotegma, muy grabado en la memoria ; me dormí la primer noche de mi estancia en Sacapalmillas, soñando que, convertido en clásico pastor, trepaba más ágil que mis cabras por encrespados vericuetos de la sierra, en pos de un lobo enorme que, entre las obscuras fauces, acababa de llevarse al corderillo de más blanco vellón de todo mi rebaño.

A la mañana siguiente, dí comienzo, muy de madrugada, á ruar por el casco y los alrededores de lo que candorosamente, llamaba ya mi

pueblo, y á procurar enterarme de la condición de sus habitantes y del derrotero de sus costumbres, para ajustar á ellas la norma de mis ulteriores procedimientos y propósitos.

¡Hermoso panorama el de Sacapalmillas! Por dondequiera tortuosas callejuelas con frondosos troenos á lo largo de sus banquetas; larguísimas bardas de adobe, que apenas dejaban asomar á la vista de los transeuntes, los enhiestos eucaliptos y los robustos brazos de milenarios cedros de las huertas; muchos arroyuelos de limpia y rumorosa agua, por caños naturales, que iban á esconderse detrás de los sembrados; el ambiente puro y diáfano; los rosales asomando los blancos manojos entreabiertos á la vera del camino, y cerca, muy cerca, el monte, la soledad, la paz de la naturaleza, en amante consorcio con el casto abandono de la tierra!

La suerte, ó el dedo de la fortuna, que encaminaba mis pasos, me puso en contacto con un sacapalmense de dulce y beatífico carácter, campechanote y servicial; personaje de alguna influencia en el pueblo, y á la sazón regidor del

honorable Ayuntamiento, quien, desde aquel día, me tomó bajo su indiscutible protección, y juró y perjuró por toda la corte celestial que, ó él era miope de entendimiento y no conocía las debilidades humanas, ó yo acabaría, andando los años, por aclimatarme de tal manera en el lugar, que de seguro vendría á ser uno de sus más prominentes miembros, en varias leguas á la redonda. Era el tal, un hombrecillo de muy baja estatura; de aspecto apacible; cetrina la color; ojos vivos y saltones; nariz pequeña; boca regular, de labios gruesos y lascivos; lampiño y con el cabello entrecano Frisaría justamente en los cincuenta años de su edad, y en toda su persona, se revelaba un sello de dulzura y mansedumbre, que atraía y halagaba. Don Próspero Castrejón, que tal era su nombre, comenzó por averiguar muy discretamente las particularidades de mi vida y estado actual, y, en un arranque de graciosa complacencia, tan luego como se dió cuenta de mis adelantos en la química, ofrecióse gustoso en ayudarme á obtener algún modesto destinillo; para lo cual

hablaría en breve con su amigo y compañero de labores edilicias, el muy ilustre galeno Don Segismundo Quiñones, presidente de la importante corporación y esplendor y gloria de la comarca entera, que, por aquellos días, andaba harto necesitado de un mancebo que supiese manejar con discreción y tacto la espátula y el mortero, utensilios de mucho trajín en su acreditada farmacia. Yo acepté, por de pronto, reconocido, el bondadoso ofrecimiento, y en espera de su resultado, me dí á matar el tiempo en la confección de una fórmula que acabase con los perniciosos insectos del campo, terror de los agricultores y azote de las feraces tierras labrantías.

CAPÍTULO II

Cuatro ó cinco días, pasaron á lo sumo de mi conocimiento con el servicial de Castrejón, cuando al pardear de una tarde melancólica se presentó tan rumboso personaje en el dintel de mi casita. Primero, con los nudillos, suavemente; luego con ademán resuelto, tocó repetidas ocasiones, hasta que fué oído por mí, que, dejando á un lado el mortero de mis experimentos á la claudicante lumbre del brasero, salí á su llamado, presuroso y cortés.

Mi protector no revelaba en el semblante, como otras veces, alegría y dulcedumbre : mostraba en la contracción de sus labios y en el

ceño torvo de su faz, algo como el disgusto de una contrariedad reciente, y con esfuerzos disimulada.

Tan luego como se hubo sentado en el único sillón paticojo de mi pequeño albergue, prendió un cigarrillo que bailoteaba entre el índice y el pulgar de su siniestra mano y, dando una carraspeada que no envidiaría el mejor toro semental de los contornos, comenzó á hablarme de esta manera :

— Amigo Candelillas, malo es el mundo, malo, malo, malo. Si á mi alcance estuviera hacer de los ruines y felones, pasto propicio de gusanos; juro por los manes que acompañaron siempre la labor heroica de mi invicto jefe, el desdichado general Horán (aquí se paró del asiento é hizo una pequeña genuflexión) que más de cuatro pelafustanes estarían á estas horas bien podridos en el hoyo. Pero, qué quiere usted, estos tiempos ya no son aquéllos, y hay que andarse con pies de plomo en la revuelta. Trabajo, trabajo grande y persuasivo me ha costado convencer á nuestro ilustre ga-

leno Quiñones, el que debería colocar á usted en su farmacia; no sólo para descanso y tranquilidad de él, sino para mejor atención y cuidado de botica tan conocida y popular. Y fué que un tal Nicomedes Bracamonte, empleado antiguo de la secretaría del H. Ayuntamiento, que estaba al tanto de mis propósitos en este asunto, dió en intrigar cerca de Quiñones; sólo por hacer á usted el mal y por disminuir mi influencia, á la luz de las gentes, con dicho sujeto, que Dios guarde muchos años. Mas la cosa se ha enderezado, amigo Candelillas, el negocio ha quedado resuelto, y, el día de mañana entrará usted al servicio de un hombre, que sólo espera la consumación de los siglos, para brillar como estrella de primera magnitud en cualquiera de los signos del Zodiaco. Ya verá usted qué hombre : saber el suyo, más profundo que las simas del Bósforo; mansedumbre la de él, más grande que la de Jesucristo en el Calvario; filantropía, su mejor timbre, más alta que la de Pablo el Ermitaño. Conque ahora, sólo depende de usted ganarse

la voluntad y confianza del señor don Segismundo. ¡A trabajar, Candelillas, á trabajar! Ya verá usted que rápidamente le toma sabor al destinillo.

Se paró del asiento; le hizo un cariño de soslayo á mi primogénita, que llegaba en esos momentos hasta los pies del sillón edilicio; y, dándome una tarjeta de presentación para mi futuro jefe, abandonó la casa, no sin haberme recomendado antes hasta la necedad, que concretase todos mis esfuerzos y energías al servicio del hombre que se dignaba cobijar á mí, pobre polluelo, con sus alas de aguilucho mitológico.

La cosa no era para ser mucho tiempo discutida. A medida que pasaban los días, los escasos recursos de mi hacienda iban saliendo en rápida peregrinación del sucio cofrecito que mi cara mitad guardaba con inusitada vigilancia en el rincón más obscuro de nuestro único baúl; el que empezaba á mostrar en varios trechos, clara y lisa, la pringosa madera de su asiento.

Por eso, tan presto como se hubo marchado

el señor don Próspero, mi compañera y yo celebramos agitada discusión en el seno de tan necesario Consejo de familia; y, unas veces por la afirmativa, y otras por la negativa, convinimos en que fuera aceptado el empleo que se me ofrecía, que al fin y á la postre, no era puñalada de pícaro, y bien podía experimentar sus riesgos y sus bonanzas, en ocho ó quince días de estancia en el oficio.

Fuera de mis conocimientos en el trabajo de la tintorería, pocos y asimilados, me faltaba la práctica indispensable para el despacho de un establecimiento de la índole del que iba á quedar bajo mi vigilancia y responsabilidad; motivo que no dejaba de producirme algún escozorcillo en la conciencia. Pero, bien visto el asunto, no ofrecía mayores dificultades en su ejecución; toda vez que contaba, desde luego, con mi amor innato á la ciencia de Lavoasier y con el deseo vehemente que tenía de perfeccionarme en ella.

Se me fué aquella noche, casi todo lo más en vela y desasosiego, consultando los pocos y anticuados libros que sobre la materia formaban mi

pobre librería de aficionado incipiente; y ya cerca de la madrugada, cuando el cantar de los gallos anunciaba la proximidad de la aurora, me quedé sentado y en actitud meditabunda, en el paticojo sillón de sestear, amodorrido y confuso, no encontrándole salida posible á los vericuetos del camino, en que iba á meterme de porrazo y sopetón.

Tan luego como el sol de los menesterosos hubo asomado su rubicunda papada por el anchuroso cielo primaveral, dió comienzo el arreglo y acicalamiento de mi persona, que, en breves horas, iba á entrar en funciones de altísima importancia, y á perfeccionar su vida y conocimientos, al lado de un Mecenas de tan soberbia talla mundial.

Dos horas bien largas empleé en la ablución cotidiana y ordenamiento y compostura de las prendas de vestir, siendo ayudantes forzosos de dicha tarea, no sólo mi costilla y la fámula desgarbada, sino hasta mi asustadiza muchachita que, tirada boca abajo, en el suelo, apenas sostenía con sus débiles manecitas el trapo de fre-

gotear, con que, dando lustre, quitaba el polvo á mis zapatos de incontables medias suelas.

Nueve campanadas, sonoras y magistrales, daban en el reloj de la parroquia, cuando yo, todo tembloroso y acuitado, ponía los pies en el quicio de la farmacia del señor don Segismundo.

Estaba el galeno á la sazón con el recetario en una mano, de cuyo dedo meñique salían tales fulguraciones luminosas, que al punto creí no ser brillantes los que se enroscaban en él, sino purísimos rayos de soles diminutos.

Luego, como me vió, alzó suave y pausadamente la cabeza, dirigió á toda mi persona una mirada entre escudriñadora y sagaz, y moderando el tono de su potente voz, díjome:

— Usted es el mancebo recomendado por mi buen amigo don Próspero Castrejón?

Y á una afirmación de mi parte, me franqueó resueltamente las puertas del despacho; no sin recoger antes la tarjeta de su amigo, que miró y remiró por espacio de algunos minutos.

Todo el resto del día lo ocupamos en el inven-

tario de los útiles y substancias que, desde ese momento, quedaban bajo mi salvaguardia; en ponerme al tanto de los términos, que en un lenguaje híbrido — mezcla de árabe y romance del primer Imperio — usaba mi patrón en el convencionalismo de sus recetas; y en oir los consejos y enseñanzas, que por aquella docta lengua salían á chorros, como cascada de sabias y profundas concepciones.

Ya por la noche, al hacer el recuento de las ventas del día, estando para marcharme, me dijo don Segismundo con estudiada pulcritud, estas palabras, que me dejaron helado :

— Amigote, por ahora le asigno á usted cuarenta pesos mensuales de salario; pero es condición precisa que duerma usted en el establecimiento, cuya vigilancia es de suma importancia por las noches.

Y salió de la farmacia, dándome en las espaldas un manacillo, síntoma seguro de cariñosa confianza.

No puede figurarse el lector la huella de tristeza producida en mi, por el hecho de que ten-

dría que dormir en la botica. Yo, que en tres años que llevaba de casado no había pernoctado una sola vez fuera del hogar, en donde mis servicios eran tan útiles y mis aptitudes tan necesarias para eso de levantarme dos ó tres veces por lo menos á calentar la leche y dar el biberón á mi pobrecita primogénita!

Pero si la noticia causó en mi ánimo tan agudo malestar, no lo fué menos el que se adueñó de mi consorte; la que entre suspiros y lloriqueos, tardó algunas horas en serenarse, y eso en vista de que el asunto no tenía remedio y los recursos se iban como un coche de postas.

¿Y aquello era el sosiego que me prometí buscar en Sacapalmillas? ¡Maldita balumba humana! En el campo, sí, pero bien lejos de sus goces y distracciones: metido en el espacio reducido de un establecimiento público, entre sales y ungüentos, á merced de la suerte y sin encontrarle solución al caso!

En medio de mi pena y disgusto, sólo una cosa me consolaba: la confianza que tenía en las dotes filantrópicas de mi nuevo patrón,

quien, de seguro, me llevaría á grandes destinos.

Y volviendo á recordar las agudezas y refranes de mi maestro, se me quedó éste, por algún tiempo grabado en el magín :

— Candelillas, el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

CAPÍTULO III

Gran quehacer el que agitaba, por entonces, mis pocas y gastadas energías.

A las seis en punto de la mañana abría de par en par las puertas de la botica, y luego de sacudir y poner en orden los utensilios y papeles del despacho, esperaba pacientemente la llegada de mi patrón, que seguido á la continua, de dos ó tres indígenas de los poblachos cercanos, hacía su entrada en el establecimiento, como si fuera el oráculo de la medicina y el dispensador gracioso del sosiego y la salud.

— Candelillas, ¿nos queda aún lactosa ó hay que pedirla á la ciudad? — Candelillas, ¿no me

ha traído el practicante Perales, el bisturí que dejé olvidado en la sala de operaciones del hospital?

Y por este tenor comenzaba diariamente el interrogatorio á que estaba yo sujeto con aquel hombre, por obra y gracia de la pícara fortuna.

Mis contestaciones se reducían á hablar breve y concisamente; pues ¡guay de mí! si por asomo me permitía contrariar en lo más mínimo las atinadas preguntas que me hacía.

Pocas veces, cuando las atenciones de su laboriosa actividad se lo permitieron, y se dignó echar ligero palique conmigo, me lo había dicho :

— Candelillas, en la guerra de los Americanos, en la de Intervención y en la batalla de la Bufa, yo no era un hombre, no era un ser humano, como usted me ve en estos momentos, dotado de razón y criterio; era yo un león, un tigre : el terror de las huestes enemigas y el azote y vendaval de las comarcas enteras. Cien ocasiones luché á brazo partido, con sólo mis

puños y mi indómita fiereza, é hice huir al enemigo en vergonzosa desbandada.

Y sacando el pañolón de yerbas, al mismo tiempo que daba un estornudo feroz, me clavaba los ojillos penetrantes, en tanto yo bajaba la cerviz, temeroso de despertar en aquella alma de acero las heroicas proezas de otros tiempos.

La hora de consulta no daba reposo ni á mis manos ni á mis pies : todo era ir y venir, bajando frascos, preparando píldoras y obleas, entrando y saliendo del despacho á la rebotica, y metiendo mil veces por hora la cucharilla en el bote del bicarbonato de sosa; la suprema terapéutica de mi jefe, que lo mismo lo recetaba en purgas que en lavativas; y era de espléndido resultado en infecciones intestinales que en heridas pellejeras de primer grado, con arrancamiento de la piel y estirón seguro de Perales.

Era este buen hombre el practicante del hospital del pueblo, cuya dirección estaba encomendada á don Segismundo. Bajo de cuerpo, socarrón y de andar perezoso y descuidado. Pasaba

por el mejor rapista de la comarca entera y tenía una afición sin limites por la cirugía, arte en que iba descollando, debido á las prudentes y atinadas enseñanzas de su maestro y protector.

Figuraba como especialista en el zurcido de vientres, desgarrados por artera puñalada; y se distinguió tanto en este ramo de su especialidad favorita que, en una ocasión, á un mozalbete que cayó al hospital con los intestinos de fuera, se los introdujo y colocó de tal guisa, que formaban el alfabeto castellano; y, cuando ya restablecido, al enfermo se dió de alta, éste, que con anterioridad á su ingréso, era un zafio y no conocía una sola letra, leyó de corrido y en presencia del Ayuntamiento en masa, una oda de Píndaro, con pasmosa exactitud.

Este fué el primer milagro y el pedestal de la fama del ínclito Perales.

Por supuesto que á mí, nunca me vió con buenos ojos, ni me tragó medio comino, tan erudito y profundo cirujano.

Solían, por las noches, formar mentidero y

agruparse al calorcillo de la botica, el Jefe Político, un coronel retirado, alto y muy fornido, de largos bigotazos en forma de tirabuzón, dicharachero y locuaz, algo vanidoso, pero en el fondo de buenos sentimientos; el escribiente del Juzgado Civil, mocetón de carácter agrio y condición áspera, con cara de capataz de mina en bonanza; y el dueño del mejor establo de la población, un hombrecillo insignificante y paliducho, con ojos de res del matadero y lacios bigotillos de puntas hueras y afiladas.

Era cosa de ver y oir los gestos, ademanes y saetas que mutuameute se dirigían mi amo y la primera autoridad política, cuando, al calor de los recuerdos, hablaban de las épocas aciagas de la patria, de las innúmeras y arriesgadas batallas en que intervinieron como personajes de primera fila, y de los supremos esfuerzos que tuvieron que desplegar para no ser pudridero de gusanos en incontables lances y revueltas.

No, amigo don Segismundo, — murmuraba el Jefe pausadamente, — usted no estuvo,

como yo, cinco días con sus respectivas noches, metido en lo más abrupto de la sierra de Alica, sin dormir, y á punto de ser fusilado por los sanguinarios esbirros de Lozada.

Eso es paja de otoño, mi respetable señor, — respondía don Segismundo, harto picado en su vanidad, — yo estuve prisionero de los franceses, y, amarrado á la boca de un cañon, fué disparado éste tres veces, y en todas ellas mintió el arma, seguramente pasmada de la serena actitud de mi semblante.

El escribientillo del Juzgado, sólo hablaba del alta y baja de los cereales y del caballo de su superior jerárquico, — prieto de ágiles remos, — que no podía curarse de un esparaván, lo cual de seguro menguaría su fama de cuartago de gran ligereza y muchos bríos.

El dueño de la vaquería siempre estaba sentado y en absoluto mutismo, únicamente despegaba los labios para dirigir torpe alabanza al Jefe Político, cuando éste, empuñando el bastón, enseñaba cómo en el año de 47 dió una certera estocada á un norteamericano, que pretendió

meterse á hurtadillas en el convento de Churubusco.

Entre tanto mi pobre cónyuge venía á menos en la salud y en las fuerzas. Su estado anémico apenas le permitía dedicarse con celeridad á los muchos menesteres del hogar. La chiquilla parecía un diablillo escapado de la jaula de un titiritero, por lo traviesa y vivaracha; y el sueldo era tan poco, que apenas alcanzaba para comer y pagar los diez pesos del alquiler de la casita.

Las promesas del galeno por mejorar mi condición no habían pasado de ilusorios deseos. Su decantada filantropía, tan hábilmente propalada por don Próspero, no era sino el reclamo de un amigo candoroso y servicial. Por todo eso el estado de mi ánimo era una maraña de desazones; ya que no sólo venían á menos mis conocimientos químicos, sino que estaba olvidándoseme lo poco aprendido en el oficio de tintorero.

Corrían estos tormentosos tiempos, cuando cierta vez en que el Jefe Político se hallaba á

solas conmigo en la botica, díjome de improviso, torciéndose un poco los espesos mostachos y escupiendo con fuerza y resolución :

— Amigo Candelillas, si usted quiere darle nueva orientación á su vida, por ahí tengo un destinito que puede convenirle y que sinceramente le ofrezco. Está para vacar la Secretaría del Juzgado de Paz, no es mucho el sueldo; pero hay porvenir y poco trabajo, contadas horas de oficina y una miajita de autoridad. Conque, consúltelo con la almohada y, si le conviene, es cosa que puedo llamar arreglada.

Fué tal mi alborozo que por poco vuelco las balanzas de precisión, estando á punto de darle un abrazo á Perales, que entraba con las manos metidas en las bolsas del pantalón y las mangas llenas de sangre y algodones.

Acepté desde luego, y resueltamente, el empleo que se me proponía, dí las gracias al Jefe de la mejor manera que pude por la señalada distinción de que me hacía objeto; y, aquella noche, apenas penetró á sus habitaciones el ilustre médico del Partido, con una resolución

digna de un héroe medioeval, cerré la botica y me largué á mi casa, canturriando por el camino el mejor vals de mi pequeño repertorio, el cual solía acompañarme á la guitarra mi mujer, en épocas pretéritas, de dulce y halagüeña bienandanza.

CAPÍTULO IV

Trabajo, y no poco, me costó el que don Segismundo Quiñones admitiese la renuncia que, del empleo de mancebo, le hice con estudiada atención y cortesanía.

Primero comenzó por halagar mi amor propio, hablándome de mis grandes y profundos conocimientos en la farmacopea; y, después, cuando pudo darse cuenta de que mi resolución era irrevocable, me amenazó con quejarse á la autoridad de semejante atropello, que él consideraba no sólo irrespetuoso, sino abusivo.

Ir con tales pretensiones á él! ¡A todo un

presidente municipal! A punto estuvo de convertirme en ácido carbónico, si no ando tan ligero y, de dos saltos, con todo y espátula en la mano, me escurro por el marco de la puerta y gano la calle, amplia de ambiente y claridad, y con el Jefe Político á diez metros de distancia, en donde se hallaba parado al oír tan descomunal desaguisado.

Por mediación de dicho Jefe, don Archivaldo Carrizales, que tal era su nombre, pudo arreglarse el asunto de la mejor manera posible; y, en menos que canta un gallo, me encontré libre de la férula del galeno de Sacapalmillas que, en atención á mi felonía, se rehusó terminantemente á pagarme cuatro días de salario, bien devengados por supuesto, con un trabajo de hormiga sin descanso ni agujero.

Se me permitió únicamente recoger algunos bártulos de mi propiedad, que diseminados estaban en el ángulo más lóbrego de la rebotica; y, por gracia especialísima de su señoría, despedíme de su esposa, santa y buena mujer, de grande y templado corazón, incapaz de

hacerle mal á nadie, y muy metida en obras de beneficencia.

Aquel día lo pasé todo él en mi morada, dedicado á podar y sacudir los cuatro ó cinco marchitos rosales de su jardinillo; limpiar de polvo y pringue un mortero y tres probetas; tomar un baño después de afeitarme, y remendar, lo mejor que pude, un teatro de cartón con bambalinas de trapo, que servía de solaz y esparcimiento á mi pobrecita nena.

Al miércoles siguiente de estos acontecimientos, muy de mañana y apenas engullida de prisa la escasa colación del desayuno; se me presentó zalamero y alegrote, el mozo de oficios de la Jefatura, quien, haciendo una graciosa salutación, me hizo entrega de un pliego lacrado, con sello rojo en la orilla izquierda, que bien á las claras decía: « Jefatura Política del Cantón de Sacapalmillas. »

Disimulé discretamente el placer que aquello me producía; y en tanto se alejaba el garrido mancebo, fuí rompiendo poco á poco con mano temblorosa el flamante sobre, debajo de cuya

corteza, apareció, claro y magistral, mi esperado nombramiento de secretario del Juzgado Conciliador.

La noticia se esparció como alud en el seno de mi hogar. A mi mujer le entró tal gustazo que no ataba ni desataba por coordinar sus propósitos, respecto de si le mandaría decir una simple misa al santo desportillado que había hecho tal milagro, ó caminaría á pie tres leguas sin estornudar una sola ocasión; la andrajosa fámula se lavó manos y pies, prometiéndose curar unos chiles en vinagre para el día de mi santo, y hasta mi chica, en sus piruetas de cervato sin cabestro, me estiró dos veces el bigote y rompió el único florero de cristal de la salita.

¡Ya me la pagarían más de cuatro malandrines que andaban por el pueblo haciendo de las suyas y hasta burlándose un tantico del cabo de policía, buen hombre, servicial y cumplido, que no tenía otro pecado que ser algo borrachín y con más achaques y dolamas que mula de alquiler! Estaba seguro de que hasta el mismí-

símo Perales, aplacaría conmigo sus humos de sabio meticuloso; y pudiera... pudiera ser que hasta el galeno, mi antiguo amo y señor, olvidase sus resentimientos, si fuese servido de necesitar algún menester de mi persona.

Cuando me presenté al Juzgado, con objeto de tomar posesión de mi empleo, estaba el señor Juez, don Atanasio Maguellanes, sentado á horcajadas sobre larga silla de tule, con los codos en la mesa, llena de libracos y papeles. Con fiero y desusado ademán, amonestaba severamente á un muchachote de raída camisa y ceño hipocritón, que acababa de matarle un guajolote, por maldad ó coraje, á la señora doña Pascasia de los Olivos, prima en segundo grado del amonestador.

Era el tal don Atanasio un sujeto entre alto y pequeño; de cara larga y nariz prominente; ojos claros y sin expresión; frente corta y sembrada de vello; modesto en el vestir y parco en el hablar.

Verme y levantarse de un salto, fué todo uno. Me tendió la mano con amigable sonrisilla,

haciéndome sentar á su lado; me fué enterando con minuciosa atingencia de los negocios de mi cargo y, por toda cortesía, me dijo estas palabras:

— Señor Candelillas, aquí, no sólo yo va á resistir la carga; vamos á ser dos jueces, es decir, usted y el que habla.

Me tomó la protesta de ritual, para dar cuenta con ella á la Jefatura; me presentó con el Juez de Letras del Partido, á quien le dijo era yo más apto que el mismo Papiniano y, desde luego, entré en funciones, con procurar el esclarecimiento de un caso asaz dificultoso; pues se trataba de averiguar el paradero de un cerdo de dos cabezas, fenómeno sin precedente, robado la noche anterior del Corral de Concejo, adonde había sido llevado tres días antes para que diera su opinión sobre el caso el celebérrimo Perales, quien no sólo gustaba de extirpar tumores ulcerosos; sino también, y muy principalmente, escudriñar los organismos, usos, costumbres y cualidades de los seres irracionales.

En tan intrincada averiguación eché á perder cinco pliegos de papel, después de examinar á nueve detenidos; practiqué careos á diestro y siniestro y una multitud de veces consulté los códigos; no pudiendo clasificar el delito, que se me antojaba robo, abuso de confianza, y hasta violación.

Al salir de la oficina ya á la puesta del sol, topé de manos á boca con el señor don Segismundo, quien, contra lo que yo me temía, abrazándome efusivamente, me felicitó con gran calor y me dió á entender de una manera velada que alguna parte tomó á favor de mi nombramiento, supuesto que me dijo :

— Pedrito, ya sabe lo mucho que le estimo ; cuando el Jefe me habló del asunto, en pleno cabildo apoyé la propuesta y... ya lo está usted viendo. ¡No faltaba más ! Siempre lo he dicho : Candelillas, dondequiera que esté, hará buen papel ; es un chico muy avisado.

CAPÍTULO V

Dos años bien largos y tediosos pasaron por el caleidoscopio de mi vida, sin cosa mayor que de narrarse sea.

El anhelo, por una parte, de desempeñar á conciencia mi cometido, y la gratitud, por la otra, de corresponder en la medida de mis escasas dotes á la confianza y protección del Señor de Carrizales, hicieron portarme con mesura y tino en las labores escabrosas de mi empleo, llegando hasta conquistar una miaja de simpatía entre la clase humilde del pueblo, que luchaba por mi permanencia en puesto de tan sonadas campanillas.

Mi inmediato superior jerárquico, el bueno y paciente de don Atanasio andaba por aquellos días algo maluco de cuerpo y no muy limpio de espíritu; pues los negocios de su hacienda estaban á punto de venir á menos, á causa de un mal hijo, derrochador y perverso, dado á gustar de malas compañías, que envuelto lo llevaban en un lío, sólo fácil de desatar á fuerza de dinero y privaciones.

Esta circunstancia obligó á mi jefe á poner muy de tarde en tarde la vista en los asuntos del juzgado, encomendados casi por completo á mi pericia, y ella acabó de afirmar la base de mi prestigio, convirtiendo en fortaleza, lo que tantas veces juzgué castillo de naipes, por lo débil é inseguro.

El Juez de Letras me había tomado regular afición, penetrado como estaba de mi celo y perseverancia en el despacho, lo que acabó de limpiar de estorbos el camino que con paso seguro recorría; todo por mi amor á los placeres del campo y á sus dulces y agradables distracciones.

Estaba el señor Juez de Letras, don Raymundo del Rosal, en la época de más seso y cordura para la vida del hombre : su apego á la justicia y su honradez acrisolada, eran notas de muy alto valor en la escala de sus merecimientos; virtudes ambas que le habían conquistado cariñoso afecto social. Bien era cierto que pecaba un poquillo de áspero y adusto con el público litigante; pero también era verdad que sus procedimientos se ajustaban siempre á la más bondadosa templanza, como correspondía á un funcionario probo y justiciero.

Era el señor del Rosal un sujeto de mediana estatura; frente espaciosa; ojos garzos y expresivos; nariz aguileña; boca de labios delgados y aristocráticos, y un tanto cargado de hombros; usaba bigote cuidadosamente aliñado y la barba en forma de perilla.

A las nueve en punto de la mañana se presentaba invariablemente en su oficina; escuchaba los asuntos del día hasta en los más nimios detalles, y luego de dictar los autos de rigor, encerrado en su pieza, se ponía á escribir

personalmente sentencias y resoluciones. Era un hombre que sabía bien su papel, sin apartarse un ápice de la escala de su derrotero. Y como era, además, talentoso, siempre salió avante de cualquiera imputación malévola; formándose así una atmósfera de bienestar agradable y sin contratiempos.

La pequeña influencia que había adquirido con él, me sirvió de mucho en más de un imprevisto descalabro.

En tanto mi jefe, el señor don Atanasio, venía cada vez á menos en la salud; las desazones morales y los disgustos de familia, fueron minando aquel organismo, en un tiempo fuerte y vigoroso; las agudas dolencias de su tenaz enfermedad dieron con él en la cama, de la que ya no se levantó, hasta emprender viaje directo al pudridero común, en un día lleno de sol y de riente y agradable primavera.

La impresión moral que en mi ánima, ya un poco avezada á las contrariedades de la vida, produjera el infausto acontecimiento, fué dolorosa y amarga. Quería bien á don Atanasio,

en quien siempre vi un espíritu ampliamente abierto á la bondad. Su misma escasez de cultura, fué quizás factor que en mucho influyó para poner su conciencia á cubierto de los riesgos del mundo. Para él, la dicha, como si fuera cosa bien sencilla, estaba encerrada dentro de las cuatro bardas de su casa : en el seno de la familia; en los arbustos del jardín; en el agua del pozo, y hasta en las bestias de tiro que le ayudaron á labrar la tierra, en años de pródiga é inesperada cosecha.

La muerte de mi superior jerárquico, por lo que tocaba á mi posición en el Juzgado, no dejó de producirme algún malestar; ya que no sabía quien fuese el sustituto, y si éste se amoldaría á los pareceres del extinto, que tan bien me trató y supo interpretar mis escasas dotes de emborronador de papeles judiciales.

¡La fortuna estaba decididamente de mi parte!

A los cuatro días justos de estos acontecimientos, fuí llamado al despacho de la primera autoridad del pueblo, para un asunto,

decía el recado, de urgente é inmediata resolución.

Estaba el señor Carrizales, bien arrellanado en el sitial más ancho del cuarto de recibir, con las gafas temblándole á horcajadas sobre la aguda nariz de humor expansivo y abierto, complaciente y hasta chancero.

Tan luego como estuve en su presencia, se quitó cuidadosamente los anteojos, guardó en la derecha de su americana un papel en forma de comunicación que acababa de leer, y luego de soltar un regüeldo y ofrecerme cortésmente lugar á su vera, me habló en estos ó parecidos términos :

— Candelillas, cuando menos lo piensa uno, « salta la liebre » ; y « estados, mudan costumbres ». Ahora que tan contento me hallaba en el pueblo gozando de su tranquilidad, dedicado en mis ratos de ocio al injerto de árboles frutales, viene mi remoción. El gobierno del Estado, queriendo utilizar mis servicios en asuntos de más importancia, me nombra jefe de las fuerzas de seguridad del mismo, y me hace

abandonar mi paz y mi sosiego. Pero primero que nada soy soldado, Candelillas, soy soldado, y la disciplina es inexorable. Antes de abandonar el Cantón, he querido dar á usted una prueba de lo complacido que me tiene su conducta y, para el efecto, he obtenido del Ayuntamiento, sea usted ascendido al puesto de Juez, vacante por el fallecimiento de Maguellanes; en la inteligencia de que, aun cuando es cargo concejil, usted tendrá sueldo, atendiendo muy especialmente á lo necesaria que es su presencia en ese encargo.

Aquí dió un gran suspiro y un segundo regüeldo, y me lanzó media docena de consejos, prácticos y seguros, para el mejor cumplimiento de mis futuras obligaciones. Ofrecióse gustoso en recomendarme de una manera especial con su sucesor, y no me dejó balbucir una sola palabra á las protestas de agradecimiento que, de mi corazón á mis labios, pugnaban por salir á borbotones.

¡Dulce y elevado carácter el de mi protector! ¡En medio de su menguada pulcritud, y á las

veces escasa urbanidad, se escondía el sentimiento de la nobleza; como en el hueco más escarpado de la solitaria peña, nace y fructifica la diminuta florecilla de los campos!

Cuando salí de la Jefatura, dos contrarios sentimientos ahogaban y sacudían mi espíritu : por un lado el ascenso, el ideal de aquellos tiempos; por el otro, la partida del señor Carrizales. El edificio concluído hasta la cúpula; pero con los cimientos débiles á causa de tan inesperado contratiempo!

Aquel día se comió mal y de prisa en mi casa; por encima de la satisfacción triunfó la pena que, por la ausencia de mi protector, nublaba el cielo de mi dicha. Y acabó de ser la contrariedad mayor, cuando, bien pensado, me dijo mi mujer :

— Es cierto, Pedro, que mejoras de condición, y aun llegas á la cúspide de tus deseos; pero es verdad igualmente que, con la retirada y sin el apoyo directo del señor de Carrizales, quedas como una nave á merced de las olas en medio de un océano proceloso.

Estas palabras cayeron como plomo en mi corazón, y, con el objeto de serenar mi espíritu, tomé el camino de las afueras del pueblo, por ver si la soledad se encargaba de curar mis inquietudes.

*
* *

Acompañado de todos los de mi casa, inclusive la fámula, ya no tan pringosa y desaliñada como en otros tiempos, concurrí á la estación para despedir al señor Archivaldo Carrizales, demostrándole así mi reconocimiento por todos los favores que graciosamente supo impartirme durante su estancia en Sacapalmillas.

Por indicación y obra del bondadoso personaje, era yo en esos momentos el Juez Conciliador del pueblo, funcionario de algún prestigio; encargado de avenir caracteres opuestos; echar prédicas; castigar fieras destemplanzas, y hasta soportador inconsciente de más de cuatro señorones del poblacho, tontos é ignaros; pero

con más humos que una chimenea de fonda para comensales glotones y despilfarrados.

Al poco tiempo de estos sucesos, tomó posesión de la Jefatura Política, el señor don Teodomiro Casanova, viejo empleado de la ciudad, hombre de muchas costuras, muy popular y amañado, quien trató desde luego en darse á conocer como roca inconmovible de energía, espanto de felones y corrección de escandalosos espadachines.

Yo fuí el encargado, por designación expresa del H. Ayuntamiento y muy particular de su ilustre jefe, don Segismundo Quiñones, con quien ya estaba como bizcocho en miel, de darle la bienvenida al nuevo Jefe Político, para lo cual compuse una pieza oratoria, mitad en prosa y mitad en versos de arte mayor; que dió tanta chispa y tuvo tan agradable resultado que hizo asomar dos lágrimas, como dos topacios, en las deslavadas pestañas del profundo cirujano don Onésimo Perales.

Este discurso me abrió de par en par las puertas de la simpatía del señor de Casanova,

con quien desde luego cultivé grande y buena amistad, lo que influyó poderosamente en mi ánimo para serenar sus tormentas y sacudir sus temores.

Traté inmediatamente de poner en práctica algunas reformas que, para el mejor servicio de mi oficina, demandaba mi constante observación; para lo cual llamé á mi lado y dí el puesto de secretario, á un joven de humilde linaje, correcto y sagaz, el que me pareció como de perlas, para puesto de tanta responsabilidad.

Arturo de las Fuentes, que asi se llamaba mi secretario, llegó al empleo muy poco ducho en los negocios de su resorte, no obstante que venía de desempeñar otro igual en juzgado de más pequeña categoría; pero le noté, por de pronto, buena disposición y deseos de trabajar, lo cual era motivo de mucho peso para que le dispensara mi confianza.

Los seis primeros meses de su estancia á mi lado, se portó bien y con asiduidad y estudio, procuraba compensar la falta de conocimientos; mas, de allí en adelante, dió en frecuentar la

indecorosa compañía de taberneros y matarifes, tomando una que otra borrachera y descuidando, á las veces, las labores de su puesto. Yo me volvía lenguas dándole consejos al muchachote; pero éste, con hipócrita humildad, aseguraba la enmienda, lo que me parecía tan difícil como buscar una aguja en una hacina.

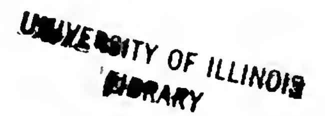
Estas pasajeras contrariedades empezaron á influir muy directamente en mi ánimo, haciéndome renegar á intervalos de mis funciones y prometiéndome muy en lo escondido de mi voluntad, mandar á la porra empleo de tantos peligros y de tan escasas satisfacciones.

Ya por aquel entonces, un pillete del lugar, pendenciero y habilidoso, que había cometido un desacato en los intereses de un honrado campesino, cayó bajo mi férula, y estaba bien dispuesto á cascarle las liendres; cuando los tenaces caprichos de un personaje bien influyente, dieron al traste con mis resoluciones, dejándome poco menos que hecho un bobo, ante tamaña obra de caridad evangélica.

Mi pobre y laboriosa mujercita vivía en con-

tinua zozobra, temerosa de los riesgos y descalabros de mi empleo; puesto que en más de una ocasión fuí llamado á las altas horas de la noche para levantar el cadáver de un hombre acribillado á puñaladas ó para recibir los últimos encargos de algún beodo, próximo á abandonar esta tierra de promisión, á causa de un hipo de tenaz inconsecuencia.

Únicamente el amor á mi nuevo terruño, templaba mis energías y me daba fuerzas para soportar los contrarios vaivenes de la suerte.



CAPÍTULO VI

Los ratos que me dejaban libre las atenciones del Juzgado, muy especialmente en las primeras horas de la noche, los ocupaba en solazarme á mi modo, de manera bien honesta y sencilla.

Dí en frecuentar la amistad del joven Rafael Aguirrolea, mi sucesor en la farmacia de don Segismundo, franco y agradable muchacho, de honrados pareceres, candoroso y limpio de mezquindades humanas, muy diestro en el juego de Ajedrez, y algo versado en artes literarias.

Casi sistemáticamente concurría yo á la botica, en donde la parroquia de platicadores había cambiado un tanto de la que se reunía en mi época de mancebo; pues que en lugar del

dueño del establo y del escribiente de lo civil, formaban mentidero y agrupación, dos ó tres personas de muy distintos caracteres. Uno lo era el muy renombrado don Jacinto de la Escosura, delegado de Hacienda, hombre singularísimo, peleado con todo el mundo, y con una manía aguda, que á veces se trocaba en obsesión : la de gastar todos sus sueldos y sinecuras en la compra de baratijas pequeñas, tales como dijes de similor, boquillas y tarros de porcelana de Sevres; objetos las más veces de ninguna utilidad práctica, que lo dejaban á un pan pedir y lo traían casi siempre metido hasta el cogote en dos mil trampas, imposibles de solucionar. Era el otro un señorito de escasa mollera, torpe é inconsecuente, con más ínfulas que campana de casa cural é hijo de un acomodado vecino del pueblo, agiotista por añadidura y representante de proveedores de cereales.

A las siete, ó poco más, daba invariablemente comienzo la sesión de charlatanes que principiaba de continuo por una blasfemia de Don Jacinto, al pensar que faltaban todavía ocho

días bien largos para el pago de su mesada, y ya la dueña de la casa lo apremiaba con el dinero de la renta; gastado, por cierto, en dos planchas para lavar y desmanchar ropa al mismo tiempo, utensilios á la venta en un Empeño de los contornos, que le habían robado la paz y la vista á tan insigne manirroto.

Luego tomaba la palabra Rafaelillo, para contar entre risotadas y carraspeos, su última aventura con la fámula de mejores bigotes de su principal. ¡Porque, eso sí, en amoríos riesgosos y difíciles, siempre salió prestigiado vencedor el vivaracho de Aguirrolea! Solo yo, me concretaba á narrar las desazones y penalidades de mi oficio, con una amargura de convicción que se me escapaba del fondo del alma.

Algunas ocasiones el señor don Segismundo echaba su cuarto á espadas, contándonos las particularidades morales y gustos de su compadre y amigote el señor Gobernador, cosa que nos dejaba á todos boquiabiertos, ante la primacía indiscutible del hombre que se codeaba con el primer personaje del Estado.

Cuántas veces, al salir de la botica, camino de mi casa, dispuesto á dar descanso al cuerpo y vado al espíritu, me acometieron vehementes deseos de normar el derrotero de mi vida con el ejemplo de tan esclarecido varón, que comprendía, en medio de sus fanfarronadas peculiares, por dónde estaba el camino más corto para triunfar y reírse de los hombres pacatos y sin pizca de entendederas.

Ciertamente don Segismundo era, á su modo, un práctico, un conocedor á todas luces de las debilidades humanas, por más que otra cosa se dijeran los muchos enemigos que le salían al paso. Él había entendido á la perfección la manera de conducirse para hacer más tranquila la existencia, y buena prueba de ello era ese holgado pasar que le rodeaba satisfactoriamente al subir los primeros peldaños de la vejez.

Por eso yo, con la prudente observación que me daban las testaradas del destino, comenzaba á juzgar al señor Quiñones, muy al revés de la generalidad : como un verdadero filósofo, po-

seedor de incontables recursos para triunfar en este mundo.

*
* *

El nuevo Jefe Político iba ganando mucho terreno en el ánimo de sus gobernados; puesto que amoldándose, por decirlo así, á los gustos y pareceres de las clases humildes, dió en frecuentar sus cotarros; estableciéndose prontamente una especie de simpatía recíproca entre él y las muchedumbres.

Las fiestas y almuerzos campestres eran su especialidad, su desahogo, su mejor placer. Eso de llegar á algún apartado pueblecín de su jurisdicción, en donde era recibido con músicas y continuados vivas y palmoteos, lo sacaba de quicio.

Siempre llegaba el señor de Casanova á alguno de estos festejos, caballero en inquieto rocín de muchas carnes, bien sentado en la plateada silla de largos vaquerillos; con ajustado pantalón de gamuza; ancho sombrero de suelto

barboquejo; y con un aire de conquistador y perdonavidas que hacían temblar al más pintado. Luego, á la mesa, desposeído de intento de fórmulas gravedosas y molestas cortesanías, *se echaba pie á tierra*, como suele decirse, atorándole á la barbacoa remojada con abundantes tragos del curado de piña; muy bueno, según su terapéutica para prevenir el cáncer, dar mayor vigor al espíritu y firmeza más completa á la voluntad.

Terminada la comida, comenzaba una música, llamada, por no sé qué capcioso, « de los moleros », á soltar al viento los mejores aires nacionales de su repertorio; y, cuando acabado el bochinche, caballero don Teodomiro sobre su piafante alazán, agitaba al viento su sombrero á guisa de despedida; era tal el entusiasmo de la multitud, que los pechos se enronquecían y los estómagos se revelaban, vaciando en tierra el contenido de quinientos litros de pulque, harto difícil de digerir.

Yo fuí en más de una ocasión, compañero gustoso del héroe de estas aventuras, y tuve la

dicha; no sólo de recibir sus agasajos, sino de tener en él un maestro que *se las escupía* para manejar la rayuela y darle seguro descalabro al mejor jugador de rentoy de la comarca.

Y á pesar de todas estas cosas; para la sociedad en general, graves y desatinados defectos, yo admiraba, y lo confieso sinceramente, dos grandes cualidades en este hombre de tan original manera de ser : el amor á su familia y el empeño en hacer el bien, por cuantos medios estaban á su alcance.

La oposición de la clase más elevada del pueblo, dió en mimar lentamente la fama de don Teodomiro, y, como cepa de incontables agujeros, fué taladrando por sus cimientos la base de su seguridad, hasta conseguir que se bambolease el edificio por todos sus costados.

Quejas al Gobernador, en forma de torpes relatos; conversaciones á la sordina; muestras de disgusto, por tal ó cual obra de escasa utilidad; encontrados pareceres y hasta anónimos á las autoridades superiores, de asquerosa felonía, acabaron por decidir al Gobierno á pro-

mover la remoción de Casanova, no obstante su partido y simpatías entre las clases netamente populares.

Jamás alud más desencadenado ó huracán más intempestivo, produjeron en el ánimo de los seres enfermizos, desasosiego más grande que el que tomara cuerpo en el del popular Jefe Político, al enterarse de semejante resolución. ¡No lo podía comprender, no lo quería analizar siquiera! ¿De dónde partía tamaña desvergüenza? ¡Él, que siempre procuraba ajustar sus actos á la más conveniente equidad!

Pero la cosa no tenía compostura posible : el que manda, manda y... « cartucheras al cañón ».

Por eso cuando le dí la noticia al señor juez don Raymundo del Rosal, que no la sabía, se concretó á decirme :

— Candelillas, así es el mundo. Cumpla Vd. con su deber; ponga todo su empeño en llevar á conciencia su cometido y, el dia menos pensado, ¡zas! á la calle, por convenir así á los intereses de la comunidad. ¡Maldita política!

Y se aguzó el bigote, dió un fuerte golpe con

los nodillos de la diestra en su escritorio, y hasta reprendió de mal talante, contra su costumbre, al comisario del Juzgado, que entraba en esos momentos á recoger la firma de su superior.

La separación del señor Casanova, ya no fué para mí, motivo de dudas y zozobras : estaba bien amarrado al lazo de mi empleo y no era fácil, por esos tiempos, que aquél se reventara de improviso.

Sólo mi secretario, el estrafalario joven de las Fuentes, andaba robando corazones entre las muchachas lugareñas y catando los mejores tequilas del país; hechos que me producían de vez en cuando, disgustos y contrariedades.

— Por Dios, de las Fuentes, — le decía yo en momentos de relativa tranquilidad, cumpla con su deber, dejando á un lado francachelas indecorosas que sólo le dan malos resultados.

Y él, poniendo cara de borrego á medio degollar, me respondía entre acuitado y respetuoso :

— ¡Qué quiere usted, señor, en algo se han

de emplear las horas, en este pueblo tristón y destartalado!

*
* *

Después de largo y maduro examen, convine, para mis adentros, en normalizar mi conducta para lo futuro; de tal modo que no tuviese ocasión de andar muy arrimado á los faldones de la primera autoridad, por más que en ello encontrase arraigo seguro.

No era, por cierto, liberal el sueldo que contra la voluntad de dos ó tres regidores díscolos, me tenia asignado el Ayuntamiento; pero con la modestísima vida que llevaba y las dotes económicas de mi mujer, se habían guardado unos cuantos pesos, en previsión de días malos y borrascosos.

Muchas veces, en el seno del hogar, al calorcillo de la familia, después de la ligera pitanza de la noche nos habíamos puesto mi consorte y yo á levantar castillos en el aire, con cálculos para el porvenir. Ella, á ratos, se decidía por-

que dejase la colocación, aconsejándome vivir por cuenta propia; para lo cual no sería malo estableciese una cría de gallinas y una zahurda, productores de pingües utilidades. Yo, por mi parte, no olvidaba del todo la afición por mi antiguo oficio, y hasta llevaba muy escondido en el magín, el proyecto de montar una tintorería á la usanza de las de Europa, en la calle principal del pueblo y frente por frente á la farmacia de don Segismundo. Pero... ¿tintorería en Sacapalmillas? ¡Hasta dónde iba perdiendo los estribos con esa vida de agitación constante que llevaba!

Tras largos y encontrados pareceres, convinimos en seguir ahorrando lo más que se pudiese; esperar con paciente resignación lo que llegase para el futuro y en conservar mi empleo, no moco de pavo ni desperdicio de bodegón, que, por aquellos días, me llevaba bien sentado entre sus lomos.

*
* *

La marcha de don Teodomiro Casanova, pasó punto menos que inadvertida entre los principales caciques del pueblo. ¡Maldita condición la del hombre! Hasta sus mismos partidarios y admiradores se excusaron de concurrir á despedirlo, pretextando labores urgentes de inmediato cuidado. Sólo mi superior, el íntegro funcionario don Raymundo del Rosal, Rafaelito Aguirrolea y el que consigna estos apuntes, asistimos á la despedida de don Teodomiro, quien no tuvo fuerzas para abrazarnos ni palabra para agradecer esa pequeña cortesanía de nuestra parte.

Por eso, cuando la locomotora se fué alejando como culebra de múltiples escamas del patio de la estación, acercándoseme mucho al oído, me dijo Aguirrolea en un tono de profunda filosofía :

— Amigo don Pedro, así pasan las glorias de este mundo. ¡Qué contraste entre el hoy y el

ayer! Recuerda usted, en la última fiesta que le dieron en Topilanejo al señor don Teodomiro, lo que le manifestó en su brindis el maestro de primeras letras, cuando le lanzó á puerta de corral, este sonoro escopetazo: — « En cada uno de estos campesinos, señor Jefe, tiene usted, un espíritu dispuesto á seguirlo hasta la consumación de los siglos. » — Y ahora, ya lo ve usted, ni las hojas de los árboles se han meneado ante tan penoso espectáculo.

Aquella noche, en la botica, estuvo muy decidor y parlanchín don Jacinto de la Escosura; pues acababa de comprar, á la mitad de su precio, un limpiadientes automático de mango de marfil, que tenía la particularidad, apretándole un resorte, de sacar las muelas con extremada violencia y limpiar de obstáculos el aparato bucal.

CAPÍTULO VII

¡Qué buena vida la que iba yo pasándome! A las diez de la mañana llegaba á la oficina, un poco amodorrido y con profunda desgana de escuchar chismes de comadres revoltosas ó prestar atención á algún rábula amañado y quisquilloso. Pero luego que Arturo de las Fuentes, mi incorregible secretario, echaba la lengua á retozar, contándome más de un exceso de sabroso picorcillo, la cosa era ya otra, se me despabilaba el meollo y, aguzando los oídos, dejaba que el muchacho hablase á más y mejor, tal y como si estuviese atacado de logomaquia.

¡Cosa notable era el temperamento de seme-

jante haragán! La daba de espadachín y marchita-corazones. Su mejor aventura consistía en andar á la zaga de ignorantes lugareñas que, mareadas ante la nerviosa actitud de sus insinuaciones, se entregaban á él, confiando demasiado en sus protestas de tenorio de altivo y generoso corazón.

Más de una vez, estuvo á punto de sufrir serio descalabro, precursor quizás de alguna maraña sin salida.

El acuerdo de los negocios del despacho se reducía á poner uno que otro auto en asunto de mínima cuantía y á tomar declaraciones y practicar careos, bien sencillos, unas y otros. Pero lo importante, lo molesto, lo agudo del caso, consistía en oír á conciencia y sin poder contener el aluvión, las quejas y reproches de más de una docena de bergantes, entre hombres y mujeres, que acudían diariamente á la oficina, en busca de lenitivo para sus penas morales, componenda posible para sus trampas y protección inmediata para hermanas ó hijas, escapadas del hogar con algunos truhanes de los con-

tornos, que les zurraban á diario las espaldas.

Recuerdo á un pobre diablo, cínico y torpe, padre de una muchacha risueña y locuaz, raptada por un matarife, que me calentó mucho los sesos tres días consecutivos, empeñado en que el raptor devolviese á su hija la virginidad de que era ya carente; y tanto insistió que, para quitármelo de encima, lo recomendé acertadamente con el cirujano Perales, quien hizo tan maravillosa operación á la chica, que no sólo recuperó lo perdido sino que dió á luz, á los ocho meses justos de estos sucesos, un becerrito adobado, un chivo en barbacoa y un lechón en salsa de tomate.

Ciertamente Perales era un sabio. Así lo consideraba la clase popular, que tenía más fé en sus agallas que la que públicamente demostraba para el santo patrono del lugar, un señor Santiago, caballero en flaco rocín, con espuelas de picos acerados y frazada del Saltillo en los hombros; de madera despintada por el tiempo y la lluvia que le había caído en las procesiones más rumbosas. Él era feliz, puesto que siempre

quedaba á flor de agua, aunque tuviese la sal hasta el cogote.

Por aquellos días, la desgracia ó el destino que comenzaba á huracanarse, hizo que á don José del Costillar, rico carnicero del pueblo, le fuesen robadas algunas cabezas de ganado, que pacían por las inmediaciones cercanas.

Á la mañana siguiente de cometido dicho robo, fuí á dar á la presencia del nuevo Jefe Político, señorón de pocas pulgas, quien bastante serio y con cara de amonestador iracundo, me dijo:

— Señor Candelillas, ya sabrá usted el suceso de anoche: mi cariñoso y buen amigo, don José del Costillar, ha sido perjudicado en sus propiedades por no sé quién; á usted va á tocar el descubrimiento de los malhechores; en el concepto de que, si los descubre, contará con mi apoyo y protección, y, si no, vaya usted liando la maleta, que buena falta le hace el empleo á un recomendado del síndico, inteligente y sobrio ciudadano.

Me miró de arriba á abajo, dió media vuelta,

y soltando una desvergüenza como una torre, se marchó por las piezas interiores, dejándome más muerto que vivo, ante tamaña exigencia de su parte.

¡Decididamente mi estrella iba á apagarse, y con su desaparición la única luz que alumbraba mi camino!

— ¡Mal envidioso me había salido al paso! No tuve necesidad de inquirir su nombre; lo conocía bien : se llamaba Teódulo Arroyozarco; era intrigante como un mastín de plazuela é hipócrita como un zorro enjaulado!

Salí apresuradamente de las oficinas de la Jefatura, que se me antojaban el hipogeo de mi dicha, y, meditabundo y triste me dirigí al Juzgado, en donde, luego que hube llegado, me encerré con de las Fuentes, por ver si éste le encontraba salida al dédalo sombrío.

Mucho hablamos y discutimos, procurando avenir nuestros encontrados pareceres, sin llegar á un resultado definitivo; pues mientras yo estaba por practicar una inspección ocular inmediata, en la casa y solares del carnicero; el

otro se proponía ir en busca de un adivino que nos sacase de dudas al momento.

— Mire usted, señor, — me decía mi secretario — con cuatro reales está arreglado el asunto. Me voy á casa del quiromántico; le hablo como se debe ; entra en comunicación con los espíritus y... dentro de media hora, la fama de usted correrá por todo el Estado, y yo no tendré necesidad de emborronar el papel que aun debo á la tienda.

— Pero amigo, eso es una necedad, — le objetaba á mi interlocutor — ¿quién, en este siglo, va á creer en semejantes patrañas?

Y por toda réplica, el ladino, se encogía de hombros, mirándome con artera desconfianza.

Tanto me objetó y fué su dialéctica tan precisa, que acabé por doblegarme á su pretensión, y dándole amplias facultades, en un abrir y cerrar de ojos, se lanzó en busca del adivino, dejándome entre la espada y la pared.

Cosa de las cuatro de la tarde, compareció en mi oficina, acompañado de Arroyozarco, para recargo de mis males, el señor del Costillar, que

iba con el objeto de ampliar su declaración, rendida poco antes en la Jefatura Política.

Quisiera haber tenido el pincel más diestro del Universo para retratar á personaje de tan típica ralea.

Iba el señor del Costillar con los ojillos congestionados por la rabia y otras ingurgitaciones estomacales; y en todo su cuerpo de sapo en agonía se dejaba ver tal tensión nerviosa, que hubiera asustado al hombre de más firmes correas.

Encarándose hurañamente conmigo y soltando un eructo de asqueroso tufillo, comenzó á hablarme en estos términos :

— Señor Juez, yo vengo aquí nada más porque me mandó el Jefe ; pues por lo que toca al robo que he sufrido, maldito lo que me importa ! Dos ó tres reses menos no me hacen falta. Créalo usted ...no me hacen falta! Pero se empeña mi compadre y, sobre todo, éste, — aquí señaló á Arroyozarco, — y ya ve su merced, más es el tiempo que voy á perder en tantos líos.

Yo, como muñeco en tina de baño, me re-

volvía á derecha é izquierda, asintiendo á cuanto se me decía y sin querer abrir la boca ni para escupir la saliva que se me iba convirtiendo en pegadura, por lo amarga y papillosa.

Entre tanto el hipócrita de Arroyozarco, jugaba con el dije de su cadena de similor, mirando á todos lados, como quien saborea un triunfo próximo á conquistar.

Quiso el cielo que un recado urgente hiciera abandonar la oficina á mis visitantes, que se marcharon calle arriba; el uno contoneándose como un cerdo en hortaliza; el otro, con la vista al suelo, cual si buscase el lugar de algún tesoro escondido.

Yo seguía haciéndome cruces por orientar mi criterio hacia una base que pudiera sacarme del embrollo, pero,.. ¡nada! Por más que ataba y desataba cabitos, perdido en un mar de conjeturas, no veía la manera de darle al clavo en el asunto.

¡Cómo habían cambiado los tiempos y las cosas! ¡Si estuviese al frente de la Jefatura mi protector, el señor de Carrizales, ó siquiera

Don Teodomiro Casanova, otro gallo me cantara! ¡Pero, con aquel soldadote, mal hablado y caprichoso, iba de seguro á la cesantía!

Llegaba el nuevo Jefe Político precedido de una fama terrible. En otros cantones del Estado, en que prestara sus servicios le había atajado la pelota al más valeroso. Era una rasadora de gran potencia para asaltantes y ladrones; y la aureola de sus triunfos lo acompañaba, donde quiera que fuese menester mandar al otro barrio á una cuadrilla de foragidos.

Como el león estaba algo cansado, había ido á Sacapalmillas á divertir sus ocios, en espera de la compensación de sus afanes, y á entretener el tiempo con los peladitos del lugar, con quienes ejercitaba diariamente su léxico de tabernero.

Arroyozarco se le había metido á mi hombre por el ojo de una aguja, y empezaba á tener su influencia con él, tales proporciones, que desde el secretario de la Jefatura hasta el último barrendero del mercado, vivían con el Jesús en la boca, temerosos de sus amañadas intrigas.

Asunto digno de ser estudiado era el carácter del señor Arroyozarco : pocos años tenía de llegado al pueblo y ya había desempeñado casi todos los puestos disponibles : desde escribiente de la Administración de Rentas hasta secretario del Juzgado de Letras; y su manía aguda era tal, por asimilarse los empleos, que llegó á solicitar el de sargento de la guardia de cárcel, con veinte pesos de mesada y ración doble de caldo.

Juzgue el lector si, con semejantes cualidades, no estaría yo muy cerca de ser substituído por ingenio de tantos resortes!

Ya comenzaba el crepúsculo de aquella tarde inolvidable; cuando se presentó mi secretario con una borrachera de sonoros retintines, y entre eructos y balanceos, me dijo :

— Señor, andamos mal. El adivino no estaba en su casa y, como tuve que irlo á buscar muy lejos de ella, me encontré por el camino al señor Arroyozarco, quien, abusando de mi debilidad, me ha puesto en estas condiciones; obligándome á tomar muchas copas, por ver

si me sacaba algunos secretos del Juzgado.

Dió un traspiés, y se dejó caer en una silla desfondada, quedándose dormido como un bajá saturado de opio.

*
* *

¡El mundo de mis alegrías iba á perderse en el caos de lo irremediable, de la noche á la mañana, y sin causa justificada para ello!

¿Por qué había dejado la ciudad y mi oficio de tintorero, que aunque en pequeño, me daba para vivir con toda calma? Y, ahora ¿en dónde estarían las reses del señor del Costillar? ¿Qué camino tomaron los malhechores?

Ante tan crueles enigmas, abandoné ese día el Juzgado, dejando á mi secretario en su misma actitud soporífera; y, siguiendo la ruta de mi casa, llegué á ella, con la resolución de presentar á la mañana siguiente la renuncia de mi empleo y volver, como en tiempos más dichosos, al cultivo de mi ciencia favorita.

Por no sé qué raros sentimientos, volvió de

nuevo el recuerdo de mi maestro á brindarme con sus refranes, y me vino á las mientes, éste, que estaba muy á propósito con mi situación :

Zapatero, á tus zapatos ».

CAPÍTULO VIII

Muchos y muy poderosos recursos toqué, tanto imaginativos como prácticos, por averiguar el paradero de las reses del señor don José del Costillar. ¡Inútil tarea la mía! Cuantas cosas pensé é hice, sólo me sirvieron de estorbo y confusión.

Las bestias ni rastro habían dejado de su partida, y el conocimiento de los malhechores era tan problemático, como calcular el número preciso de los seres de la naturaleza.

En mi alma, luchaban dos opuestos sentimientos : el de mi amor propio, convertido en dignidad; y el de mandar en hora mala el des-

tinillo, buen hueso que roer para el astuto de Arroyozarco.

Tres días bien largos y angustiosos habían pasado, desde mi malhadada entrevista con el Jefe Político, consignada en el capítulo anterior, y poco, casi nada, se conseguía por hace fructuosa la averiguación emprendida.

El iracundo jefe tenía en cepo de tormento á más de catorce detenidos, entre hombres y mujeres, y... ni por esas!

El negocio estaba más obscuro que cueva sin salida.

Yo inventaba los imposibles : frecuenté hasta la compañía de los perversos de todas las barriadas; subí cuestas enormes; bajé escarpados peñascos; inquirí, pregunté y hasta le pedí al cielo me diese el dón de ubicuidad, sin conseguir cosa mayor en mis angustias!

Y á todo esto don Teódulo gozando; gozando porque estaba ya muy cerca de alcanzar el vellocino de oro.

Mis días estaban contados en el empleo : aquella era la oportunidad mejor para man-

darme con la música á otra parte. Pero ¡ así es la condición humana! ¡Mientras más seguro es el obstáculo más se empeña el hombre en derribarlo, sin medir los resultados de su obstinada porfía!

¡Todo estaba en mi contra! Sólo don Próspero Castrejón, mi buen amigo de siempre, ya retirado á la vida privada, me consolaba en mis tribulaciones; quejándose amargamente de cuanto existía, excepción hecha de su caballejo tordillo, que lo mismo le era útil para llevarlo á dos leguas de distancia, como le servía de paciente tirador de la yunta, en épocas de escarda y beneficio de las tierras.

— Bien se lo dije, amigo Candelillas, no hay que dejar lo seguro por lo dudoso. Don Segismundo tendrá de cuando en cuando sus murrias, como todos; pero lo que es á su lado hubiera usted hecho muchas letras.

Yo nada respondía; me conformaba con apegarme á aquella alma buena, exenta de mezquindades y rencores.

Hasta el señor Juez de Letras, que siempre

me distinguió con su apoyo, se encogía de hombros ante mis cuitas, concretándose á dolerse de mi situación; pero sin hacer nada de su parte; puesto que el asunto no era de su dependencia y andaba algo de monos con la deslenguada autoridad política.

— Lo siento, Candelillas, lo siento — me decía, siempre urbano y comedido; — pero, qué quiere usted, hay que irse muy poco á poco con estos señorones que de un pistoletazo le sumen el vientre á una lagartija por los aires.

¡Tenía razón el señor Juez de Letras; era mejor estar lejos del tigre que al alcance de su hocico!

*
* *

Pasaron ocho días de cometido el robo al señor del Costillar; y una tarde, en que estaba casi seguro de haber tomado el hilo que desenredaría la maraña, fuí llamado violentamente al despacho del Jefe Político, el cual, contra lo

esperado, me recibió con estudiadas maneras, diciéndome :

— Candelillas, no puedo negar que estoy satisfecho de su actividad y deseos de servir bien en el asunto de mi compadre; pero... yo no tengo la culpa : el Supremo Gobierno del Estado dispone cese usted en sus funciones y entre en su lugar el señor don Teódulo Arroyo-zarco, por convenir así al mejor servicio público. Si á usted le agrada, está vacante la plaza de cobrador del mercado, con quince pesos mensuales; se la ofrezco de todo corazón.

Ira, no tristeza, fué la que pasó por todas mis venas, nublándome la vista; mas ¡ay de mí! si desataba la cólera de aquel cerdo con alma de chacal.

Entre respetuoso y altivo, dí las gracias á su señoría por el mendrugo que me lanzaba, después de quitarme lo mejor de la pitanza; me despedí de prisa y á regaña dientes, dirigiéndome al Juzgado á preparar los papeles para la entrega que debía hacer á mi rival á la mañana siguiente, con intervención del delegado

don Jacinto de la Escosura, nombrado para tal acto por el honorable Ayuntamiento.

Cuando al llegar á mi casa, le solté á quema ropa, la noticia á mi mujer; ésta, con una impasibilidad de estatua, que admiré por primera vez, sólo me dijo :

— ¡Pedro, tú tienes la culpa; quisiste vivir en el campo, y entre sus malezas vas á dejar tus mejores ilusiones!

Razón le sobraba á mi costilla, por eso volvían de nuevo, como moscos á la miel, los dichos de mi inolvidable maestro : « De la lechuga, las hojas; de la mujer, el consejo. »

*
* *

Como quien va á tomarse la purga de más mal sabor, confeccionada por mancebo menesteroso; como reo próximo á entrar en capilla, asi llegué á hacer entrega de la oficina al ínclito acaparador de empleos, don Teódulo Arroyozarco.

Estaba ya tan esclarecido personaje, en el ángulo más escondido de la Secretaría, dándole vueltas, entre distraído y apenado, á su grasoso sombrero de paja del país; don Jacinto de la Escosura, de pie, y en actitud hierática, contemplaba con ojos de codicia un tintero de la época virreinal, con una palomita de marfil en la tapa superior; y mi querido secretario, dibujaba en el papel una Venus completamente desnuda, con una sonrisilla de sátiro, retozándole en la punta de los labios.

Luego, como me vieron, el señor don Jacinto me tendió la mano, entre indeciso y confuso; Arroyozarco palideció un tanto, y el secretario de las Fuentes apenas se dignó responder á mi saludo, viéndome con un aire de protección que daba grima.

Yo, puesto que era el vencido, me concreté á cuidar de la forma en tan angustioso trance; contestando cuando se me interrogaba; eludiendo las preguntas cuando era pertinente, y sudando la gota gorda, en medio de mi serenidad de hombre de bien templado espíritu.

Media hora, como un siglo, tardé en hacer la entrega de mi empleo de algunos años.

¡Bien sabía Dios que al abandonarlo, no dejaba ahí, ni un jirón de mi conciencia ni un adarme de mi honradez!

Casi estuve á punto de que se me nublaran los ojos, y aun sentí alguna opresión en la garganta, al alejarme de ese lugar.

Ya para partir, cuando mi substituto había tomado asiento en mi sillón, que por lo cómodo parecía un sitial de canónigo de largas prebendas, me volví discretamente á de las Fuentes, con objeto de darle un abrazo de despedida; pero éste, rehusando tan espontánea demostración de cariño, se dirigió á su nuevo jefe, y haciéndole una profunda reverencia, le dijo en voz alta:

— Señor, mañana, si usted está de acuerdo, comenzaremos por mandar fregotear el suelo, mudando de sitio los muebles, para que no quede ni un vestigio de lo pasado!

¡Hasta Arturo de las Fuentes en contra mia!

¡Daba principio el calvario del humano existir!

Don Jacinto de la Escosura, por mortificación ó pena, se brindó á ir conmigo hasta la puerta de mi casa; no sin suplicarme antes, le vendiese, por lo que importara, un capelo con junturas de metal, que tenía yo en un rincón de mi única pieza de lujo.

*
* *

El problema de lo futuro se presentaba á mi imaginación como un áspid de múltiples escamas. ¿Cómo tocarlo, sin que no saltara el veneno por doquiera?

¿Qué partido debería tomar? Seguir en el pueblo, era tanto como dar á la maledicencia cuerpo en que ejercitar sus garras; marcharme de nuevo á la ciudad, era lo mismo que sembrar un loto en el desierto.

Mi antiguo amo, el dueño de la tintorería, era ya extinto; y, aquélla, había pasado á poder y vigilancia de su hijo mayor, mozo versátil, que nunca pudo tragar mi presencia en el establecimiento. Así, pues, la cosa debía ser meditada

á conciencia, á efecto de buscar el mejor modo que pudiese ayudarme á salir de tan interminable laberinto.

Procuré, desde luego, salir lo menos posible de mi casa; matando el tiempo en preparar diversas substancias de uso común para teñir flores de cartón; hacer una trampa, en forma de enorme ratonera para aprisionar á los roedores que estaban acabando con la pequeña hortaliza de mi huerto, y en celebrar largas conferencias con mi consorte, quien, con aquel ojo que la naturaleza le dió para conocer los riesgos del mundo, procuraba llevar á seguro puerto la nave de mis marchitas esperanzas.

*
* *

Cerca de las diez, de una noche de majestuoso plenilunio, en que me disponía á dar con mis huesos en la cama, tocaron discretamente á la puerta de mi vivienda; y, sin esperar mi venia, compareció ante mis ojos azorados... ¡quién lo creyera! el popular cirujano don Onésimo Pe-

rales, bien metido en su holgado gabán de lustrosas vueltas de percalina de seda.

— Mi señor Candelillas — me dijo apenas se hubo puesto á tiro de escopeta — aquí me tiene usted, lo he pensado mucho y, al fin, me he decidido. Como supongo que su merced no nos abandonará, marchándose del pueblo y, por otra parte, no ha de andar muy sobrante de dineros, vengo á ofrecerle este negocio : con algo que he podido ahorrar, acabo de establecer una barbería, montada á la francesa, en la calle del Zopilote; si usted se decide, lo pondré de encargado de ella, á mitad de utilidades, y con dos piezas disponibles para albergar á la familia.

— Pero mi respetable amigo, — le respondí lleno de asombro — si en mi vida he manejado una navaja, á no ser la que me sirve para mondar las peras que me trago.

— Eso no importa, señor mío, eso no importa : ya usted ve, yo no era un cirujano y ahora... mal año para don Rafael Lavista, que se ha quedado muy atrás en la materia.

Y calándose el sombrero hasta las pestañas, se despidió apresuradamente; recomendándome con afectada seriedad, fuese servido de darle mi resolución al otro día, de una manera terminante y precisa.

No me disgustó tal ofrecimiento. Si no andaba nada ducho en eso de afeitar barbas crecidas, peinar ondas de sílfide y aguzar tufos á lo torero, por algo se había de dar comienzo y... bien vista la cosa, llevaba ya cerca de dos meses de holganza continuada.

Por eso, cuando bien envuelto en mis sábanas de pobre resignado, comenzó á dar vueltas el tornillo de la imaginación, me quedé con un gran alborozo en el alma; soñando que mi primer cliente lo era el Jefe Político, á quien, de dos tajadas, le llevaba una oreja y parte del labio superior.

CAPÍTULO IX

Mucho tardé en andar á tumbos con mi entendimiento, á fin de decidirme á admitir el empleito que con tan finos modales y generosa solicitud me ofreciera el mejor cirujano de Sacapalmillas.

No era hilacho de trapero ni pedazo de carroña y, por lo tanto, lo acepté resueltamente, confiando en que, como en mejores días, volviese mi buena estrella á hacer su aparición en mi camino.

¿Qué podía esperar para lo futuro, si me atrincheraba en la débil fortaleza de la vanidad? Al fin y á la postre, yo no era un mal ciuda-

dano; y si las intriguillas de un audaz de muy escasos merecimientos y el torpe deseo de un mandón de nada limpia conciencia me habían arrebatado el hueso, no por ello mermaba un ápice el afecto que supe conquistarme entre las gentes de bien apretadas entendederas, bastante sabedoras de los sucios manejos que habían acarreado mi censatía.

¡Qué mejor oportunidad para presentarme á la vista de todo el mundo, como individuo exento de repulgos, conforme con su suerte y dispuesto á ganarse la vida en cualquiera situación que se le presentara, por amarga que ella fuese!

Estas consideraciones, de orden puramente moral, se agruparon de tal modo en mi ánima, que no me dejaron vacilar ya un momento y, como fuerzas de un arranque superior, dieron conmigo una bella mañana, en la flamante barbería de don Onésimo Perales; personaje dispuesto, cual generoso caballero de la Edad Media, á compartir á mi lado las bonanzas y descalabros del negocio.

Para dar principio á mis faenas, estaban, desde luego, á mis inmediatas órdenes, un oficial habilidoso y un muchacho que, con el carácter de aprendiz, se encargaría de la parroquia de indígenas y menestrales; en tanto yo, con el bastón de la vigilancia en la mano, viviría alerta, con « un ojo al gato y otro al garabato ».

El ilustre Perales me recibió afable, cariñoso y decidor, como correspondía en esos momentos á persona tan conspicua; fué llamando uno á uno á mis subordinados y, haciéndoles sendas advertencias, que más bien parecían consejos por lo mesuradas, me hizo entrega del establecimiento que, á la mañana siguiente, domingo de Pascua, sería inaugurado con gran pompa y por padrinos de alto coturno; pues lo iban á ser nada menos que el muy renombrado don José del Costillar y un sobrino del cura, muchacho despabilado y tierno, con algunos pesos en las arcas y muy dado á la taxidermia.

La verdad era que yo estaba muy reconocido al señor Perales por su bondadosa ayuda, y

ello influyó grandemente en mi voluntad para poner toda ella al servicio del favorecedor que me había salido al encuentro en horas de crítico malestar.

Cuando el cirujano se marchó á cumplir con sus arduas y muy humanitarias labores, yo me quedé en la barbería á solas con el ayudante, á quien, en términos melosos de atinada pulcritud, le fuí pidiendo me diese algunas lecciones sobre el arte de los afeites; pues no era justo ni prudente que haciéndome el maniflojo, tuviera por única ocupación la vigilancia del establecimiento, sino que era muy lógico me adiestrase poco á poco en sus dificultades, á fin de salvarlas con un pequeño esfuerzo de mi parte.

Éste, accedió gustoso á mi súplica; y en los enjutos carrillos de un borrachín, que « á revienta cinchas » se prestó á esos estudios, hice mis primeras armas, dejándole el cutis más terso que una mesa de mármol, con sólo dos tajadas cerca de la oreja izquierda y una incisión en el pómulo derecho, que, por lo pro-

funda, parecía zanja de tierra limítrofe y por lo rojiza, amapola del mes de abril.

*
* *

Apareció el día del estreno con una claridad deslumbradora : el sol, como si hubiese hecho breve parada en el espacio infinito, enviaba sobre el riente Sacapalmillas, sus más ardorosos rayos, en apretados haces de lingotes de oro. La mañana era calurosa; pero un vientecillo agradable confortaba los cuerpos y hacía estremecerse los espíritus.

Mi socio y patrón, amaneció como sonaja en manos de muchacho, por lo bullanguero y hablador; y hasta yo, sacudiéndome el escozor que tenía en el alma, me contagié de tanta alegría, mandando á paseo mis remilgos, por encontrarme metido en oficio tan poco de acuerdo con mis facultades.

Mucho se sacudieron y limpiaron espejos, bacías, jaboneras, navajas y demás utensilios del arte ; los frascos de ungüentos y pomadas se

enfilaron simétricamente sobre las repisas de lustrosos hules, y hasta la bandeja de las sanguijuelas, tuvo en uno de sus lados superiores, un listón tricolor, artísticamente sujeto por las trabajadoras manos de la adiposa hija del señor Perales, que eran un primor para los remiendos y una especialidad para la hechura de calzoncillos de manta cruda.

Las nueve serían á lo más, cuando al son de una danza, magistralmente compuesta, para dicho acto, por el director del quinteto Roldán, — conjunto de geniales filarmónicos muy en boga por esos días — á una palmada del cirujano, fueron abiertas á un mismo tiempo las dos entradas del establecimiento; una por el señor del Costillar, y la otra, por el sobrino del cura, quien no dejó de conmoverse por padrinazgo de tanta trascendencia.

El primero en afeitarse, para mejor honra de la casa, lo iba á ser — rara similitud de mi sueño — el Jefe Político, quien, de propósito, y para corresponder á las finezas de mi socio, tenía la barba crecida de dos meses. Por desig-

nación unánime de los concurrentes é invitados, yo fuí el encargado de poner más bello que un Adonis á semejante cerdo; y, no obstante mis excusas suplicatorias, di comienzo á la tarea, temblando más que un ajusticiado y casi á punto de llorar como una criatura.

¡Al fin, el tigre estaba entre mis manos, y lo iba á dejar escapar!

« Hice de tripas, corazón »; tomé en la diestra la navaja, como si fuera la que había de rebanarme el cogote, y en presencia de cuarenta sacapalmenses, suspensos por el terror y la angustia, dejé á la primera autoridad, más limpia que una perla y más complacida que si se hubiese sacado la lotería. ¡Oh poder del miedo, hasta dónde hubo llegado en sus extremos!

Las felicitaciones llovieron, los abrazos menudearon; y mi fama de rapista, cual matrona amorosa, me cobijó en su amplia túnica, dejando muy atrás la del mismísimo Perales.

Cuando terminó el almuerzo, graciosamente ofrecido en casa del señor del Costillar, no supe

más de mí; pues fueron tan abundantes los diversos curados, desde el de apio hasta el de tomate, refrescadores de los estragados esófagos, que dieron al traste con mi persona; dejándome en un rincón de la cocina, perfectamente dormido y abrazado á la pantorrilla izquierda de Aguirrolea, quien estaba empeñado, en medio de su extraña borrachera, en tragarse un rizo de don Segismundo Quiñones, cortado por mano cariñosa, cuando éste era un pequeñuelo.

*
* *

Mi nuevo oficio era un encanto. ¡Con qué maravilla le engomaba los hirsutos bigotazos al señor de la Escosura; le rizaba la melena de organista de Basílica á Rafaelito Aguirrolea, y le peinaba los tufos al dueño de la mejor tienda del pueblo, un español muy liberal, con más hijos que conejera en épocas de celo!

El señor Perales vivía muy satisfecho de mí, en vista de las pingües utilidades del negocio,

la marcha cada día progresiva del establecimiento y lo conocido que iba siendo éste, en veinte leguas á la redonda. No existía personaje de largas polendas ni empleadillo de poco menos, que no hubiesen pasado por sus flamantes sillones de cómodos respaldos. Y llegó á ser tal su fama, que hasta la piadosa compañera del señor visitador de Jefaturas, se dignó, en cierta ocasión, mandar hacer unas trenzas para un santo milagroso, en las cuales puse, para mejor brillo de la obra, mis manos pecadoras.

Mi cónyuge estaba hecha una aleluya, gozando de la tranquilidad que reinaba en nuestra casa; mi primogénita, creciendo como varita de nardo, perfumaba nuestra vida, rodeándola de apacible bienestar, y hasta la pringosa fámula, siguiendo los consejos bíblicos, se había multiplicado, por causa de un jardinero que supo podarle las azucenas del corazón.

Con los ahorros adquiridos en las bonanzas del negocio; las dotes hacendarias de mi mujer, y lo corto de mis necesidades, se pudieron

reunir algunos billetes de Banco, con los cuales compré una casita de anejo solar y humilde apariencia; en espera de trasladarme á ella, cuando la suerte volviese á mostrarme sus negruras.

CAPÍTULO X

Más de veinticinco años tuve á mi cargo la acreditada barbería de Perales, y hubiese seguido en tal puesto, hasta el término de mis días, si un reumatismo de carácter rebelde, no me hubiera obligado á abandonar la madriguera, llevándome en las alforjas muchas satisfacciones, mezcladas con no pocos desengaños.

El día que hice entrega del establecimiento, mi escenario de tantas peripecias, para marcharme á mi casa en busca del descanso y la salud, fué tal mi pena, que se me figuró dejaba en cada sillón, en los espejos y hasta en el perfume del agua de colonia, partículas de todo mi sér.

El cirujano, apenas si salía de sus habitaciones, para no olvidar el oficio, — como musitaba pausadamente.

Debido á su edad provecta y á los achaques anejos á ella todo lo había abandonado, hasta los triunfos de la ciencia, albergándose en su mansión, en espera del viaje definitivo.

De los amigos y enemigos sólo quedaban recuerdos : don Jacinto de la Escosura, tenía ya algún tiempo en Europa, comisionado por el Gobierno, en la investigación y estudio de los mejores procedimientos aplicables á los trapiches de las Haciendas de caña; Rafaelillo Aguirrolea la dragoneaba de médico y sacamuelas, en un apartado lugarejo de la Huasteca Veracruzana; don José del Costillar, como el toro más robusto de sus dehesas, vivía rodeado de grasa y de queridas mercenarias; Arturo de las Fuentes resultó el mejor pendolista de Notarías; Arroyozarco separado de su empleo de juez conciliador se la pasaba trazando planes para llegar á pisar alguna vez los escaños de la Cámara de Diputados, y hasta el feroz Jefe Polí-

tico se había ido de este mundo, envuelto en la aureola de sus humanitarias proezas. Sólo don Segismundo permanecía rozagante y fresco; sacudiéndose los años, almacenando pesos, y dándole punto y raya en la salud al gañán más forzudo de los campos.

Sacapalmillas ya no era lo que en mi juventud : todo lo había transformado el soplo inquietante de la civilización. Aquellas bardas interminables de adobe ceniciento, quedaron substituídas por largos enverjados de aspecto señorial; las humildes casucas de agradable apariencia, habían cedido su puesto á los soberbios palacios de almenadas torrecillas; y sus rústicos moradores se hicieron comunicativos, adquiriendo modales más conformes con el buen trato social.

*
* *

Cuando llegué á mi casucha y dí reposo á mi cuerpo, sentándome sobre el paticojo sillón de sestear, — el único lujo de mi escasa mueblería —

toda una muchedumbre de recuerdos y toda una peregrinación de proyectos, se agruparon en el fondo de mi alma; encontrándose el presente en consorcio con el pasado y en pugna con lo porvenir.

En verdad, había con qué pasarla humildemente, dándole tregua á las penas y buscándole alivio á los achaques; pero ¿la educación de mi numerosa prole, ya bien crecida, por cierto? Ahí estaba el nudo de mis desazones y la punta del ovillo que era menester encontrar, si Dios me daba licencia de ello.

Con atinados consejos de mi abnegada compañera y muchas cabilaciones de mi parte, decidíme á poner á mis hijos al fomento y vigilancia de mis pequeñas tierrucas, buscando así la manera de aunar el trabajo del cuerpo con la aliviadora resignación del espíritu, y á mis hijas bajo el amparo y piadosas enseñanzas de su madre, quien les había salido más buena que el buen pan. Yo, cuando mis enfermedades me dieran tregua, ocuparía el tiempo en acordarme de mi primer oficio, haciendo fáciles trabajos

de tintorería; en rasurar á uno que otro cliente que quisiera darse una vuelta por mi tranquilo apartamiento, y en hilvanar mis memorias, consignándolas en el papel; por si, andando los años, pudiesen servir de solaz al lector curioso, ó de práctica y recreo á algún literato dispuesto á desenredar la madeja, poniendo en orden lo que mis torpes aptitudes se empeñaron en producir.

*
* *

Como lo pensé, lo he llevado á término; dándome el cielo permiso para no quejarme á la fortuna en los linderos de la vejez. La pobreza, sin angustias, ha sido buena compañera de mis días, buscándome la manera de sentir poco el peso de la vida, que ahoga y mortifica, cuando no se lleva con prudencia por los incontables obstáculos del mundo. Poco temo y nada ambiciono; seguro de haber cumplido en la medida de mis fuerzas y en lo parco de mi entendimiento, con la misión que me ha tocado en

suerte desempeñar. Hasta mis dolencias han minorado mucho, permitiéndome, á ratos, el placer de solazarme con los encantos de la Naturaleza.

Vivo alejado del humano bullicio, atento á los menesteres de la casa y al cuidado de los míos; carente de envidias en el alma y torceduras en el corazón; y sólo espero, sin zozobras ni inquietudes, el instante supremo de mi partida, confiando en que Dios será servido de verme con ojos de piedad, en atención á lo mucho que he procurado por conducirme bien en este valle de lágrimas.

UN BUEN ESTUDIANTE

UN BUEN ESTUDIANTE

En memoria de un amigo.

I

Nos conocimos en la Escuela Preparatoria y, como gustábamos de idénticas enseñanzas y abrigábamos los mismos ideales, pronto se estrechó nuestra amistad, á punto de que, andando el tiempo, vine á convertirme en guardador de sus secretos y, en más de una ocasión, en consejero cariñoso y solícito que pudo ahuyentarle pasajeras tribulaciones ó marcarle más amplios derroteros. Y sin embargo, Julio Fuentes

y yo, éramos dos caracteres completamente opuestos : él era un soñador, pero un soñador melancólico; yo, si bien es verdad que desde entonces ya tenía mis aficiones literarias y mis ribetillos de romántico, ni con mucho la daba, como aquél, por el aislamiento y la soledad.

Fuentes, era lo que se llama un buen estudiante : el libro, siempre el libro como el mejor de los amigos, como la ruta de sus aspiraciones y deseos. Ni domingos, ni días festivos, ni aun obligados asuetos escolares, le hicieron apartarse un momento de su cotidiana tarea, emprendida siempre con amor y terminada constantemente con nuevos y poderosos alientos para lo porvenir.

Su inteligencia, si no poderosa y sobresaliente, sí era factor que en mucho le ayudaba para la buena asimilación de sus conocimientos.

Algunas veces, poquísimas quizás, en que al caer de la tarde, algún corro estudiantil, del que él era miembro casual, entre alegres sátiras y diálogos animados, comentaba algún suceso bufo ó pecaminoso, solían escapársele de los

labios algunos conceptos que, por su sabor ático, eran, á la vez que motivo de risas y palmoteos, hasta causa de admiración para los demás. Eso sí, nunca traspasó los límites de la decencia ni llegó jamás á los linderos de la injuria ó la difamación. Siempre que pudo devolvió bien por mal; y si la ofensa hecha á él por algún compañero, lo hería hondamente, concretábase á retirarle su amistad; mas ni buscó rencilla ni admitió pendencia, que de ello era enemigo jurado, por naturaleza, por convicción y por principios.

Fuentes hacía milagros. Con doce pesos mensuales que por exigua pensión, y sabe Dios con cuántos sacrificios, le enviaba su anciano padre desde el retirado lugarejo de su Estado natal, vivía este raro muchacho, este ingenio luchador que, hoy aquí, mañana allá, al amparo de « buenas gentes de conciencia » — como él decía — iba pasando su angustiosa vida, siempre tras un ideal, sin apartarse un ápice del derrotero que se había marcado; recompensando con creces el sacrificio paterno, dispuesto al bien y

confiando, sobre todo, confiando en que llegaría á ser médico, profesión que en un todo coincidía con sus gustos y anhelos pertinentes.

Juntos terminamos la instrucción preparatoria : yo salí para Jurisprudencia y él para la Escuela de Medicina, después de haber obtenido mención honorífica en todos sus años.

Mas un suceso inesperado é imprevisto : la muerte de su anciano padre, ya comprados los libros para el curso y hasta un esqueleto humano, lo obligó, cierta noche de Diciembre, obscura y fría, á tomar el tren para su terreno distante ; solo y sin más compañía que sus libros y su esqueleto, el que, cuidadosamente empacado, se lo llevaba por si no le era factible volver; por si acaso la suerte cruel y dura lo detenía en mitad de la jornada y al ir á subir los primeros escaños de su soñada venturanza.

Y no volví á saber más de mi amigo Fuentes, á quien, en virtud de lo irremediable, juzgué ya conforme con su destino, hecho todo un agricultor y convertido quizás en un abnegado padre de familia.

II

La otra tarde en que, estando de palique con un talentoso compañero de mi juventud escolar, hacíamos reminiscencias del pasado; no sé cómo, rodando, vino á recaer la conversación sobre Julio Fuentes, de quien había perdido casi hasta la idea de su personalidad; pero mi amigo, bien enterado de ello, me informó á grandes rasgos de la segunda y última etapa de la vida de aquél.

Muerto su padre, al llegar al pueblo, se encontró con que los pequeños intereses habían venido á menos : manos poco limpias, al manejarlos, fueron cercenándolos, y, cuando el pobre

viejo murió, apenas si hubo para su enterramiento. Pensar por lo tanto en la pensión, en concluir la carrera, era casi una utopía. Y Fuentes no dijo una palabra, no hizo una reclamación, no promovió ningún pleito judicial. Afrontó sereno la artera decepción, y, guardando sus libros, sus leales compañeros de amor y de desvelos, montó un pequeño taller de carpintería; y allí de día y de noche, con la escopla en la mano, inclinado al duro banco, presa de rudo trabajar, sin más amigo que su blanquísimo esqueleto, armado ya y puesto á la pared, fijos siempre los ojos en él, fué ganando el diario sustento, con la amargura en el alma y la resignación como una égida.

Apenas cuatro años, tristes y sombríos, resistió su pobre organismo, canijo y fatigado, á trabajo tan penoso; al cabo de ellos una mañana, húmeda y despacible, lo sorprendió irremediable dolencia y, en unos cuantos días de sufrir y callar, dió con él en la tumba, como un supremo bien, como un merecido descanso, pagado á tan alto precio.

Por no sé qué insólito deseo, sólo hizo una recomendación, la única que pidió se cumpliera estrictamente : que el blanquísimo esqueleto, la última compra de sus últimos doce pesos de mesada, se lo echaran en la caja mortuoria para que fuera á pudrirse con el suyo; allá, en el devorador regazo de la tierra, que ni proporciona tribulaciones ni exige recompensas. Y se cumplió al pie de la letra su petición.

¡ Ah, pobre amigo mio ! ¡ Pobre Julio Fuentes ! ¡ Cómo tornó tu interesante personalidad, aquella tarde, á apoderarse de mi mente por completo ! ¡ Cómo te volví á ver, cual entonces, irguiendo tu débil cuerpecillo de anémico incurable y retraído !

¡ Qué bien hiciste en llevarte tu esqueleto ! Con él á solas, en el eterno silencio de tu ignorado hipogeo, ya que el destino, por fuerza irrefragable, no te dejó estudiarlo en la tierra, siquiera te lo dió de mudo compañero en el gran viaje !

Y si ni ojos piadosos velaron tu última noche ni palabras cariñosas consolaron tus postreros

momentos, ni una mano amiga pudo tejer para tí, fresca corona de flores; aquí con esta esbozada silueta de tu vida ejemplar, envío á tu sepulcro el inmarcesible lirio de la amistad, que creció al impulso de nuestros ideales, y que hoy ha fortalecido el recuerdo!

LOS GRANDES AFECTOS

LOS GRANDES AFECTOS

En estos tiempos en que la intensidad misma de la vida que se vive, agitada y cruel, no deja que el espíritu se envuelva, aun cuando sea á intervalos, en la mágica toga de las floraciones ideales, una página de romanticismo puro y diáfano, es algo tan insólito, como hubiese sido para nuestros bisabuelos tener que enfrentarse con los problemas más abstrusos de la dinámica social. Y, sin embargo, todavía surgen de cuando en cuando, ciertos hechos, raras manifestaciones de sencillez espiritual, que hasta los más desalentados recogemos con fruición, anhelando por que perduren, siquiera sea

para mínimo sosiego de los que van dando tumbos por el mundo.

Estas reflexiones me ha sugerido un caso no ha muchos días acaecido en el fértil y sosegado pueblo de Sacapalmillas.

Quizás la misma rusticidad de los personajes de él protagonistas ó el medio en que se desarrollaron sus afectos y sus ilusiones haya contribuído á ello. ¿Quién sabe? El hecho es rigurosamente cierto y entraña el convencimiento de que aun puede creerse en la beatitud de ciertas almas y en los fantasmagóricos cuentos de Aladino.

Fué un noviazgo larguísimo : tuvo sus principios en la infancia, y si Dios y el destino no disponen otra cosa, de seguro hubiese terminado en la senectud. Él era — porque ya no existe — un buen rústico, con sus ribetes de burgués, alma franca, espíritu bondadoso y carácter bonachón; ella tiene una condición quieta, un temperamento sano, una voluntad hecha fortaleza y es buena como el buen pan. A veces hubo sus intermitencias y sus desazones en aquellos

amoríos platónicos y alegres. Por cortas temporadas, él, pues ella jamás apagó la lámpara de sus idealidades, hubo sus ingratitudes, sus pasajeros desapegos, sus amorcillos solapados á hurtadillas y de prisa. Pero fué perdonado, se cubrió con el ambiente sereno de un afecto alentador y sano y tornó al redil, mustio y cariacontectido, dispuesto á no provocar ya más lágrimas ni mucho menos á promover dolorosas recriminaciones.

Todas las tardes, él, caballero sobre apencado jamelgo, oidor impasible de tan sabrosos paliques; y ella, de pie, bajo el vano de la ancha puerta, departían alegremente, quién sabe sobre qué halagüeños propósitos y futuras esperanzas. Nada importaba á su anonadamiento callejero, ni las miradas torpes de las gentes del contorno ni las hablillas pecaminosas de los transeuntes importunos, que murmuraban é inquirían por saber algo de aquellos amores, que, de seguro, no les importaban un ardite. Eso sí, siempre hubo entre ellos la prudente distancia que señalan los cánones sociales,

marcada muy particularmente por ese mutuo respeto de las consideraciones recíprocas y juiciosas. Tal vez por eso, la nave de sus afectos, á pesar de fortísimas tempestades, ni zozobró ni vino á pique, quedando siempre á flor de agua, sobre un mar tranquilo y rumoroso.

Al fin, después de tantos contratiempos y de pareceres tan opuestos por parte de sus deudos y allegados; una alegre mañana de este anticipado invierno, unieron sus destinos quieta y dulcemente, como había sido el anhelo ferviente de sus vidas. Pero el destino es cruel y engañador : cuando ya la dicha estaba á bordo y la nave en alta mar, una dolencia inesperada y sin remedio, cargó con él hacia el eterno viaje, llevándose en los pliegues de su mortaja todos los ensueños transformados en realidad. Sólo diecisiete días duró la unión estrecha de sus almas. Pero ¿qué digo? Y he aquí la parte más romántica de historia tan sencilla y á la vez tan honda. Ella, que ya no puede tener afectos, sencillamente por haber sido uno solo el que abrigó y alimentó su corazón durante

tantos años; quiere vivir olvidada y recluída en la casa que por tan pocos días cobijó su paz y su ventura; gusta de estar allí á solas con su dolor y con su pena, esperando tal vez que llegue el día de su liberación, para entrar más cansada y ya sin fuerzas por el tenebroso camino de la Eternidad.

UN RAPISTA
COMO HAY POCOS

UN RAPISTA COMO HAY POCOS

I

Don Robustiano Perales, el rapista más habilidoso y parlanchín de Sacapalmillas, se moría de tedio. No, ciertamente no, — como él á sí mismo se decía, — era oficio que gustaba á su espíritu analizador é inquisitivo. Eso de estar, los sábados y domingos, dedicado á afeitar barbas incipientes, bigotillos escasos y melenas románticas; y el resto de a semana, entrar como en barbecho tortuoso por sobre las cabelleras hirsutas de indígenas astrosos, que una vez al año sabían de peines y pomada de le-

chuga, era para darse á todos los demonios. Y luego él, que aunque empírico, tenía allá, muy escondido, en lo más profundo de sus aficiones innatas, un amor, un profundo amor por la cirugía, arte difícil, pero clásico, de amputar miembros, extirpar tumores, reducir omoplatos y ligar arterias. ¡Caramba! si en sus mocedades lo hubiese adivinado; qué lejos, á qué infinita distancia se hallaría de los bártulos aquellos, que sólo eran útiles para poner relamidos y presuntuosos á los más empingorotados lugareños. Pero tenía fe, una profunda fe, en que andando los tiempos la cosa medrara. Ya por aquellas calendas, acababa de llegar al pueblo un señor alto, de aspecto risueño, comunicativo, franco, insinuante, halagador y pulquérrimo y, sobre todo, con una cualidad única en su género: la de ser amigo de todo el mundo; y que por sus antecedentes é indiscutibles conocimientos en arte tan escabroso, había sido llamado á regentear la casa de beneficencia de más prestigio, por entonces, á diez leguas á la redonda.

Y sucedió que aquellos dos seres, al parecer tan distintos, pero á la postre tan homogéneos en sus inclinaciones é ideales, pronto se entendieron y, haciendo de su espíritu dos ánforas de amistad recíproca, lo que en una se vertía de seguro iba á derramarse en la otra, y viceversa. Fué así como, pasados algunos meses, pudo el flamante galeno de Sacapalmillas tener á su lado á aquella afición sin tasa ni medida por la medicina operatoria, que, en forma de rapista, ignorada se ahogaba y envejecía en una covachuela del portal de la ciudad, entre máquinas del cero, bacías de niquel y pomitos con olores y menjurjes.

— Ah, señor, — le decía Parales al galeno — ¿cómo pude yo ni siquiera figurarme, el que Ud., en forma de ángel protector y justiciero, hubiese de venir algún día para sacar á flote estos mis dulces y profundos anhelos por arte aún tan rudimentario y en pañales?

— Pero, amigote, Ud. no sabe, ó por lo menos pretende no saber, que lo que llama arte difícil, no es, al final, sino un procedimiento

fácil, para conocer el organismo humano, máquina de ignorados engranajes ciertamente, pero gelatinosos, suaves ante la opresión de estas manos tan firmes, tan seguras, tan prudentes al caminar por esos vericuetos. ¡Haga Ud. lo que yo: serenidad y calma. En la diestra el bisturí y en la siniestra el pañolón de yerbas que, si no lo es mucho, á lo menos puede recibir sin menoscabo hasta tres litros de sangre y porquerías!

Y ante enseñanzas tan doctrinales y profundas, el barbero de mi cuento, se convencía de la importancia suprema de su nueva profesión, ardua, pero humanitaria.

Por eso á las primeras horas de la noche, cuando rendido por las fatigas cotidianas, se ponía á descansar á la puerta de su barbería, bien arrellanado en antiquísimo sillón, y el sueño lentamente lo amodorraba cerrándole los ojos, don Robustiano veía, veía pasar como en lento desfile; primero, miembros amputados, caras macilentas, cuerpos fláccidos, huesos carcomidos, vendas, sierras, tijeras; y en se-

guida toda una legión de sabios, de hombres buenos, desde Hipócrates á la cabeza hasta su nuevo maestro á la cola; que, con cara de pascuas le sonreía, enseñándole con el índice de la diestra, por dónde quedaba el camino de la gloria, que ya empezaba á mostrarle la senda luminosa.

II

Pero la vida es cruel, pérfida y engañosa. Hacer el bien al que no lo agradece, á quien no sabe aquilatarlo; es lo mismo que sembrar en infecundo surco semilla sana, productora nada más de cardos punzadores y sangrientos. Y eso, justamente eso, le acontecía al galeno de Sacapalmillas con el barbero más prestigiado de la ciudad. El rapista murmuraba. A escondidillas, en el seno de los íntimos, en los corrillos de desocupados y juzgamundos, comenzaba á salírsele de labios la lengua, sobre si su maestro era ó no competente para el chisme aquel de la cirugía. Ya eran tres, cinco, diez

casos, en que él, solamente él, había podido llevar á feliz término operaciones de alto empuje, teniendo que enmendarle, por ende, la plana á su mentor.

Mas, bien pensado, no era tal cosa un desconocimiento de los méritos ajenos, ni siquiera una ingratitud. Cuántas veces, en la historia de todos los pueblos, á raíz del progreso evolutivo de la humanidad, se había visto que los grandes artistas, los notables matemáticos y hasta los más modestos herbolarios, habían llegado á calentar polluelos que, á través de los años, resultaban con las alas desplegadas y con vuelos más poderosos y pujantes.

Y estos argumentos se forjaba el vanidoso Perales, cuando cuesta arriba ó vereda abajo, discurría como brújula sin Norte por las floridas calles de mi pueblo, bien cobijado en su capotillo gris, con su caja de instrumentos bajo la axila izquierda y la mirada al suelo, como quien busca siempre el camino de los más altos propósitos.

III

Y aconteció que una bella mañana del ardoroso Julio, cuando todo era paz y sosiego en la campiña lejana, y el pueblo de Sacapalmillas se hallaba envuelto, como de costumbre, en la monotonía más sofocante y fastidiosa; el galeno y el rapista se encontraban desazonados y confusos, pues el inspector de beneficencia, delegado del centro, llegaría aquella propia mañana á efectuar una visita minuciosa á la casa, donde aquéllos ejercían su nobilísima tarea; así como á presenciar la extirpación de un tumor canceroso, que un vejete de los contornos cercanos, amojamado y mohino, llevaba como

obstáculo doloroso en no sé qué parte de su encanijado cuerpecillo.

Daban las once en el reló de la parroquia, cuando el susodicho delegado, un sujeto cachigordo, de mirada gravedosa y repulsiva, de andar lento y de aspecto más bien de dómine ó de curial que de médico citadino, entraba por la puerta del centro al salón de operaciones. Ya el señor galeno y su adjunto, el supeditado Perales, se hallaban de pie, junto á la mesa operatoria, con sendos mandiles que, por lo blancos, parecían patenas, y, sobre aquélla, el vejete quisquilloso, que, pataleando como un desesperado, se resistía hasta con el alma á entregar su vida en manos de aquellos sesudos sabihondos.

Por fin, después de las explicaciones de ritual y de los acuerdos del caso, don Robustiano, presa de ligero temblorcillo, tomó la máscara del cloroformo, la que fué aplicada suave, lentamente, sobre las narices del operado, que entre gritos de protesta y aullidos de dolor, tardó bien media hora larga en quedarse dormido como un tronco y tieso como una

cuerda de violín. El cirujano de Sacapalmillas explicaba, discurría, vociferaba, hasta por los codos; pero no daba principio á la labor: el pequeño bisturí se le perdía, naufragaba en la palma de su temblona mano, como un muñeco en océano proceloso. Ya los efectos del anestésico se extinguian, daban término, y el caso era de urgencia. Por fin, en un movimiento de impulsión irresistible, al mismo tiempo malhumorado y confuso, don Robustiano Perales arrebata el instrumento salvador de la diestra de su ínclito maestro; y, primero suave, después desapoderadamente, extirpa en dos minutos del arrugado pie del viejo claudicante, un juanete más duro que un pedrisco y, sin titubear, lo presenta ante la actitud hierática del visitador; el que, confuso y enfadado, le dice con severidad: — Eso no es tumor, ni cosa que lo parezca. ¿ Pues qué, no son ustedes cirujanos? Y el rapista ahuecando la voz y con un énfasis de estudiada suficiencia, sólo contestó á su interlocutor estas palabras: — ¡No señor, somos pedicuros!

Y no he llegado á saber, por más que me he empeñado en ello, si la extirpación del callo, hecha con tanta habilidad por el barbero de mi pueblo al viejecito amojamado, influiría en algo para el mejor alivio de sus terribles dolencias.

UN INFLUYENTE

UN INFLUYENTE

Al Dr. Luis A. García.

I

¡Qué de mal talante había estado aquel día don Segismundo! Toda la mañana se le fué á horcajadas sobre una silla, tras el lustroso mostrador de su flamante farmacia, dale que dale en hurgar, allá, por las reconditeces de su endeble magín, alguna solución que, por lo definitiva é insólita, hiciera época en los anales políticos del pueblo y, al mismo tiempo que acrecentara su fama de agudísimo observador,

sirviera, no sólo de descalabro y enmienda á toda la media docena de sus gratuitos detractores, sino, y esto sobre todo, de escarnio y befa á ese pobre diablo del barbero que, sin escrúpulos ni reparos, andaba pregonando á voz en cuello, desde dos leguas á la redonda, que él ya tan famoso y universalmente querido, no era ni médico, ni herbolario, ni mucho menos partero.

¡Y luego — se decía á sí mismo — desvélese usted, apague la vela á tan altas horas de la noche, machacando libracos como torres; haga Ud. el bien; cure de balde; extirpe placentas; saque muelas, dejando el dolor reducido á su mínimo sentir, para que un pelafustán, un plebeyo, por quítame allá estas pajas, quiera destruir toda una obra, toda una fama, toda una gloria nacional!... ¡Ah! La eterna persecución al genio!

¡Él, tan caballeroso, tan sagaz, tan influyente — sobre todo tan influyente, — amigo hasta las cachas del Gobernador del Estado, ser vilipendiado por tan vil escarabajo! ¡Ahora ó nunca!

Y descargó tan terrible puñetazo sobre el mostrador, que el pobre mancebo, ocupado por aquellos instantes en vaciar un pomo de pastillas de cianuro, por poco se traga una de éstas, atónito y espectante, ante la iracundia de su vehementísimo patrón.

— Ha visto usted qué tiempos, Rafaelillo? — dirigiéndose al amostazado mancebo — no sabe Ud. que anda por ahí, ese ignorantón del barbero, propalando que yo no sirvo, que nada valgo, que mi ciencia, por rudimentaria, es anterior cuatro siglos á la de Hipócrates. ¡Caramba! ¡De que los hay, los hay! Pero ya verá Ud., mi buen amigo, de lo que es capaz este hombre que tanto ha hecho por el progreso de su patria, que ha derramado su sangre en los campos de batalla, que en el sitio de Querétaro cogió á Miramón de una oreja; la que no recuerda si le quedó en la mano, la devolvió á su dueño, ó la tiró á la basura. ¡Era tan espantoso aquello, silbaban de tal modo las balas, amigote, que hasta el recuerdo se me ha entenebrecido! Probablemente Ud. no nacía aún.

— No señor, pero me lo imagino. Ya me parece ver á Ud., apuesto y arrogante, con esa su marcial figura, repartiendo sablazos á diestra y siniestra; montado en un corcel blanco, todo blanco, como en el que aparece el caballero Napoleón, y que, si mal no recuerdo, venía dibujado en los anuncios que nos mandaron días pasados de la casa fabricadora de pastillas contra el asma.

— Cierto, certísimo, amiguito; pero, como ya desde aquellas épocas mis aficiones por la medicina se me conocían hasta en el modo de dormir, hube de trocar la espada por el bisturí y la pólvora por el bicarbonato de sosa, lo que no ha mermado, por cierto, mis altas dotes guerreras y mi valor, el que, en múltiples ocasiones, según el dicho auténtico de mis jefes, rayó en la temeridad. Figúrese Ud. que una vez al tirarle un mandoble á un oficialillo contrario y al agazaparse éste tras de un árbol, fué tal mi furor que, con el sable, pasé árbol y oficial y creo que hasta una pobre lagartija que, amedrentada y sumisa, hubo de quedarse agarrada

al tronco, presa de terrible pánico. ¡Ya verá, ya verá de lo que soy capaz, ese rufián!

Y arrugó las cejas, sacó su pañuelo de yerbas y, dando un estornudo fenomenal, se metió á la rebotica, seguido de Rafaelillo que, lleno de suprema admiración, no sabía qué elogiar más en su benefactor, si la lustrosa chistera ó el largo levitón, negro como la andrina y ondulante como una bandera desgajada.

II

Las elecciones se aproximaban : agitadísimo andaba todo el pueblo, lleno de zozobras y de dudas, envuelto en esa especie de temor rudimentario que, sin querer, se apodera de los habitantes de las pequeñas poblaciones, cada vez que es preciso renovar á sus autoridades ó designar á sus funcionarios. Quienes por un partido, quienes por otro; ello es que en el alma de las pequeñas muchedumbres rurales, la duda, como áspid desconocido, hasta la víspera, hasta el instante mismo del resultado definitivo, las aguijonea sin cesar.

Asenderado y mohino andaba nuestro galeno,

subiendo pendientes, atravesando explanadas, recorriendo callejas; parando amigos y enemigos, á conocidos y desconocidos; inquiriendo, preguntando, atando cabitos — como él decía — por aproximarse al conocimiento, por descubrir la verdad de sus suposiciones, la remota realización, siquiera, de sus conjeturas y deseos. ¡Ser Presidente Municipal!... ¡qué ventura! ¡Dirigir un Ayuntamiento, ser el engranaje mayor de tan complicado organismo; jefe de una colectividad; censor de un pueblo; árbitro de grandes y pequeños! ¡Cáspita! La cosa era para ser deseada. Allá, en su interior, muy escondidito, tenía un proyecto. En la primera sesión, ¡zas! sin ambages ni reticencias, lo había de decir ante las actitudes hieráticas de los señores ediles : ¡Un monumento, un monumento! ¿Pero á quién? ¡A él! ¡No faltaba más! Bien lo tenía merecido : tantos años de bregar y bregar por el revuelto océano de la política militante, para irse, así como así, de este pícaro mundo, como si fuera un plebeyo, un desamparado juececillo ó un pringoso ama-

nuense, sin huellas de su paso por la tierra! Eso sí, recomendaría á sus compinches que el honor fuera póstumo; porque, al fin y la postre, él era humilde y poco amigo de pompas y engañifas.

— ¿Qué sucederá, Rafaelillo? Ya van tres cartas que le escribo á mi compadre, el Señor Gobernador, y nada de contestarme. ¿Se habrá enojado? ¿Le sería molesto que le hiciese la indicación de que — ¡vamos! — deseo su ayuda, su poderosa influencia, para ser el excelentísimo señor alcalde de este pueblo?

— Tal vez, aunque no, ¿sabe usted? lo que pasa es que este malvado correo anda cada día peor; Ud. que todo lo puede, digo, que es tan influyente, ¿por qué no hace que cambien al administrador, para que se mejore el servicio?

— Ya lo había pensado, amigo; pero, tiene tanta familia el pobrecillo; y luego, nos consume tanto bebistrajo, es tan insinuante, creo que hasta algo admirador mío, que se me hace cargo de conciencia quitarle el pan. Por lo demás, ya sabe Ud. : dos renglones á mi amigote

el ministro del ramo, y ¡pum! á vuelta de correo el substituto.

Envueltos en las sabrosas frases de este agradable palique se hallaban maestro y discípulo, cuando un mensajero se entró, escurriéndose, por la puerta lateral de la farmacia, y, arrojando una carta sobre el pulido mostrador, se salió á escape y apenas mascullando dos palabras, por donde entrara brevísimos momentos antes.

El atareadísimo de don Segismundo alargó la mano temblona y arrugada, y asiendo la carta, apenas leído el membrete del sobre que decía : « Correspondencia particular del Gobernador del Estado », dió un suspiro, se limpió, con el anverso de la siniestra mano, una gota de sudor que á punto estaba de caerle de la frente y, entre indeciso y resuelto, tardó bien dos minutos largos en romper la cubierta, veladora de sus anhelos ó lápida de sus infortunios.

Nadie supo lo que aquella carta decía : ello es que, sin despedirse de su mancebo ni hacer el recuento de las ventas del día, nuestro hom-

bre se metió muy temprano á la cama; y, al siguiente, apenas al rayar del alba, contó la fámula de confianza que, al ir á apagar la vela á su amo, la noche anterior, éste medio dormido y estrujando una carta con las manos, parecía decir entre dientes : ¡Dios mío! ¡Dios mío! Y ahora qué va á decir el barbero!

III

Todo pasa y todo llega. Y así llegó para Sacapalmillas el suspirado día. Una muchedumbre abigarrada y gárrula, habíase instalado, casi desde al rayar el día, en la plaza principal del pintoresco pueblo. Unos, confiando en que triunfaría el veterinario; otros, seguros de que la opinión andaba muy crecida á favor de don Pantaleón, el dueño del molino; quienes por éste, quienes por aquél, iban y venían, como moscas atareadas, de uno á otro extremo de la pequeña plazoleta, abrigando esperanzas ó desterrando temores.

Sólo don Segismundo, hecho un irredento

con la duda en el alma y la soberbia en el corazón, agazapado y mohino, tras el lustroso mostrador de su flamante farmacia, atisbaba con ojos de misericordia á toda aquella pobrecita gente: ¡carne de cañón, bestias asustadizas, que nunca habían tenido como él, la suprema dicha de conocer siquiera al oficial mayor del Gobierno, de quien no recordaba en aquellos momentos, si lo tuteaba ó no!

Y si fuese posible; si á última hora el Señor Gobernador, desoyendo palabras de gratuitos enemigos, noticias falsas de bergantes del pueblo, se convenciera de que él, sólo él era capaz de llevar por la senda del progreso y la felicidad á toda aquella incrédula chusma! Entonces ..... Entonces... ¡Ay de los vencidos!

Cosa de las once de la mañana, llegó al pueblo, precedido de dos ó tres heraldos, el delegado del centro; hombre de malas pulgas, á juzgar por su exterior grave y parcimonioso; encargado de que se cumpliese estrictamente con la ley, espectador sereno y decidido á poner á buen recaudo al primero que intentase, si-

quiera por asomo, una sobornación ó un maleficio.

Ceremoniosamente, gravedosos, como togados doctores sin garnachas, fueron penetrando por el amplio soportal, al salón de sesiones del Ayuntamiento, los austeros electores, encargados de resolver, definitivamente, del porvenir de los intereses municipales.

Uno por uno, y en correcto hilillo, instalada que fué la mesa directiva, se llegaron los señores electores hasta la urna colocada en el centro de la mesa, y, en ella, fueron dejando sendas cédulas. A poco, la voz chillona y emocionada del presidente de la Asamblea, con toda la gravedad para el caso requerida, se esparció por los ámbitos del saloncillo : « Primer regidor, alcalde propietario, Don Nemesio Perales ; el mismo ;..... el mismo ; ..... el mismo ; .... el mismo. Hasta catorce votos, en contra de uno á favor de Don Segismundo, el boticario.

Don Nemesio Perales, el consentido del pueblo, muchacho listo y despabilado, hijo del barbero, rayando apenas en los veinticinco años

de su edad, no tenía sino unos cuantos días de llegado al terruño, después de larga ausencia: convertido ahora en todo un ingeniero agrónomo, resultaba por lo visto, el más á propósito para encauzar debidamente los intereses rurales de la población.

Con músicas, con gritos, hasta con cañonazos en el atrio de la parroquia, celebró el pueblo alborozado tan acertada designación. Y cuenta no sé quién, que al llegarse hasta la farmacia, el más acérrimo de los enemigos de don Segismundo, y largarle, entre risueño y gravedoso, la noticia de su derrota; éste, sin inmutarse, con el pañuelo de yerbas en las manos, se volvió lisonjero al asustadizo mancebo, y delante del noticiero le dijo: — A Ud. le consta, Rafaelillo, lo mucho que escribí al señor Gobernador, recomendándole á nuestro querido Perales. ¡No faltaba más! ¡Si casi nació en mis manos, si es tan listo, tan propio para el caso, y sobre todo... tiene un padre tan bondadoso!...

LA APOTEOSIS
DE DON SEGISMUNDO

LA APOTEOSIS DE DON SEGISMUNDO

(*A Luis Lascurdin.*)

I

Y sucedió al fin..... lo que tenía que suceder. Fué tanto lo que Don Segismundo Quiñones, el boticario de mi pueblo, intrigó, suplicó y hasta llegó á convertir en lo que él tan atinadamente llamara su bandera de combate, que, andando los días, una bella mañana, se encontró de buenas á primeras, con la agradable, con la inesperada noticia de que iba, por aquiescencia tácita, y por benevolencia graciosa

del señor Gobernador del Estado, á ser el Alcalde Municipal de Sacapalmillas, recomendación que para los electores del lugar, venía ya bien dirigida, á cubierta de cualquiera zozobra, y, sobre todo, perfectamente viable. Ahora sí, ¡pérfido Perales! usurpador inconsciente é ignaro de lo que á él solo le correspondía por derecho propio, por justicia inequívoca, por razón natural! Ya había tenido tiempo de engolosinarse con la tajada; pero ahí estaba él, él que se la arrebataría en definitiva, para escarnio de menguados y oprobio de bergantes que se salían de madre — como los ríos — para atacar su fama, su impoluta fama de personaje ilustre, de benefactor desinteresado, de filántropo genuino y aristócrata de la última cosecha. Bien había dicho un su partidario de gran penetración y de clarísimo talento : « heterogénea sociedad la de Sacapalmillas; era preciso dividirla en clases, en series sociológicas : en la primera, él, (don Segismundo); en la última, en la de los desarrapados ignorantes, el troglodita de Perales, con todo y su título de ingeniero agrónomo; otros

dos astrosos vecinos de la comarca, y, á la cabeza de esta proterva clase, el pringoso del Juez conciliador, un pobre muchacho de ignorada estirpe, de roído traje, un infeliz, que se la echaba de escritorzuelo, y andaba con sus articulillos de propaganda subversiva, queriendo opacar el esplendor, la aureola, la luminosa huella de tan meritísimo varón. Y aquel día fué de gran alborozo. La cosa estaba hecha : á los dos meses justos tomaría posesión de la silla gestatoria, terminarían las hablillas de los desocupados, la población entraría por la senda franca y segura de las épocas florecientes. Los proyectos eran pocos; pero todos bien meditados y eminentemente prácticos. El alcalde saliente, don Nemesio Perales, se marcharía del pueblo, al destierro, á la proscripción, á la ignominia; y el Juez... ¡ ah, el Juez!, para ése no habría piedad : se le montaría en un burro y, en cueritos vivos, bien sujeto, como un número complementario de los festejos públicos en la toma de posesión edilicia, sería paseado por la plaza principal, al son de las dolientes chirimías, hasta que, á la

una en punto de la tarde, en presencia de la muchedumbre alborotada, ebria de sangre y odio, y del alcalde electo con todo y cabildo, fuese rapado á casquete por el deslenguado del barbero, el que, al compás de una marcha fúnebre, tendría la necesidad de comerse todos los pelos de aquél, uno á uno y sin abrir los ojos. Y ante tan tiránicas elucidaciones interiores, el bonachón de don Segismundo, dejaba vagar por los entreabiertos labios irónica sonrisilla, como la del Sultán de Turquía, á la puerta del harén y en presencia de sus doscientas hermosísimas cautivas.

II

Cuatro días, cuatro largos y risueños días, duraron las fiestas presidenciales. Hubo de todo : cohetes, iluminación feérica por las noches; bailes populares; besamano en el Palacio Municipal, el día de la protesta, vivas, dianas; se cerraron los comercios; se repartieron sarapes y rebozos á los pobres, corrió el dinero como arroyo de ancho cauce; el número fijado en el programa, para escarnio del Juez conciliador, se llevó adelante; nada más que no tuvo el fin glorioso que se tenía seguro, debido á que el atolondrado barbero, al empezar á engullir los primeros pelos judiciales, se le

contrajo la glotis y estuvo á punto de acabársele la vida.

Don Segismundo se pavoneaba, se pavoneaba satisfecho y feliz. La conquista había sido difícil, dura, asaz escabrosa; pero al fin y á la postre, el pandero estaba ya en su poder; el simbólico bastón autoritativo, se afianzaba á su diestra, erguido, fuerte, como signo de redención, como apoyo macizo en las luchas y contiendas de este pícaro mundo.

Y aconteció que el flamante alcalde quiso que aquel triunfo se grabara como en lápida de bronce, tuviera eco y se perpetuara, si fuese posible, á través de los siglos; y, para ello urdiendo, urdiendo, concibió la idea de dar una gran fiesta en su residencia privada, y que á ella acudiese lo mejor y más granado de la aristocracia citadina, á la sazón de veraneo en Sacapalmillas. Y cuentan las crónicas, (pues esto pasaba, allá por el 53, en tiempos de Su Alteza Serenísima) que fué tal el esplendor de dicha fiesta, que no sólo tuvo eco en la alborotada provincia; sino que, traspasando las fronteras, se

esparció como sonora trompetería, dando motivo hasta para que, allende los mares, en el propio París, fuese escrita una crónica por un periodista Lyonés, de pluma prestigiada y de fama universal.

Eso sí, á dicha reunión no tuvieron acceso las clases mediocres, los que pasaban de la segunda serie en el escalafón sociológico, los timoratos, los desposeídos de bienes de fortuna, los trabajadores intelectuales, los empleadillos atareados, los que andaban vestidos con burdas telas de abigarrados casimires del país. Juntarse con ellos, tener que hablar y discurrir, entrar en comunicación íntima con semejantes desperdicios humanos..... ¡qué asco! Por eso, precisamente por eso, resultó la fiesta esplendorosa y tuvo el eco que su autor se propusiera.

III

Pero no acabó allí la cosa; había que corresponder á la magnificencia de don Segismundo, que devolver bien por bien, que compensar las finezas del invitante; afianzando definitivamente, para justo regocijo de su vida azarosa, aquella popularidad, que se le iba entrando por todas las oquedades de su cuerpo, y que, de seguro, tendría que llevarlo á los más altos y gloriosos destinos. Y fué precisamente un bello día de sol ardiente y de nubes sonrosadas, como si el cielo quisiese tomar participación en la alegría general, cuando se llevó á término la anunciada compensación.

En pleno campo, cerca de arroyuelos rumorosos y al pie de vetustos y seculares ahuehuetes, se sirvió la comida; una comida de sorpresa, con sus ribetes de familiaridad, con sus dejillos de confianza; con esė regocijo de las expansiones sencillas y atrayentes. No faltó, por supuesto, el legendario mole de guajolote, los huevos al gusto, y la exquisita barbacoa, para la cual se escogió el cordero más robusto de los apriscos cercanos, carne muy del gusto de don Segismundo, que no perdonó de dicho animalejo ni los ojuelos tristones que, opacados por el veneno de la muerte, lo veían... lo veían como en éxtasis supremo, conformes con tener por sepultura aquella entraña concejil, á donde sólo iban á parar trufas adiposas y anguilas macilentas del rumoroso Cáucaso.

Y ya al final, á los postres de aquel ágape, cuando se impuso la glorificación definitiva del trabajador infatigable, del filántropo sencillo y locuaz que repartía á imitación de Jesucristo, lo exiguo de su hacienda entre los menesterosos y los infelices; un poeta dulce, de mirada de

pájaro cautivo, de escaso bigotillo, de melena hirsuta y poco metido en carnes, tomando fresca corona de laurel, en presencia de las gargantas anudadas por los sollozos y de los ojos vidriados por las lágrimas, la colocó suave, muellemente sobre las calurosas sienes de don Segismundo, al mismo tiempo que acompañado por el rumoroso susurrar de las fuentes cristalinas, le lanzaba la siguiente estrofa :

« Oh, tú, Quiñones tremebundo,
dicha de esta comarca y sus ficciones,
por algo te pusieron Segismundo;
aunque no eras... no eras de este mundo,
donde abundan á pasto los Quiñones.
Yo te corono en nombre de la historia
Y te abro las puertas de la gloria! »

Y no sé lo que contestaría el señor boticario, porque el amarillento pergamino de donde he tomado estos apuntes, se encuentra ininteligible y arrugado, al parecer por abundantes lágrimas, cristalizadas ya.

UN CASO
COMO HAY MUCHOS

UN CASO COMO HAY MUCHOS.

Doña Dolores de Guzmán y Rostroviejo era, como suele decirse, una señora principalísima, de antiguo y bien conocido abolengo, costumbres casi eremíticas y grave y reposado continente. Más bien alta que baja; robusta sin llegar á la obesidad; rostro ovalado y apacible; frente ancha y despejada; ojos garzos y expresivos; nariz entre aguileña y roma, y manos delicadas y regorditas, como hechas para asir bártulos pequeños ó frágiles mariposillas de colores.

Doña Lola (como cariñosamente la llamaban sus deudos y conocidos), se pasaba lo más del tiempo metida en su casa solariega de larga y

obscura portalada. Había llegado á los sesenta y pico de su edad; y en toda ella, salvo un noviazgo pasajero con un caballerito de aviesas intenciones y de no muy claros antecedentes, no había tenido en su vida otros afectos que los que pudo hallar su espíritu pacato en la dulce compañía de la escasa familia que le quedaba y en la devoción casi fanática que guardaba en lo más escondido del alma por el recuerdo de sus muertos, especie de hilo macabro é interminable, que comenzaba con su abuelo materno y hacía punta en una hermana, también solterona, la que, á juicio de un sobrino, médico y filósofo, no había tenido otro achaque para largarse del mundo que el peso de sus muchas dolencias y la terrible carga de tantos y tan prolongados abriles.

A pesar de la aparente calma y estudiada pulcritud con que la señora de Rostroviejo llevaba el timón de lo que pudiéramos llamar la nave de su carácter; allá, en el fondo, en lo más metido de su almario, tenían su estancia y estancamiento ciertas lagunas morales; resul-

tado unas de viejos y perturbadores desengaños, y otras nacidas de su temperamento, poco conforme con los tropiezos y seguros vaivenes de la vida.

Si no era rica, sí, á lo menos, como último vástago de una familia numerosa y arreglada, hubo de ser heredera universal de todos los hermanos muertos sin sucesión; y por lo tanto, poseía regulares bienes de fortuna, que se traducían desde luego en abundantes rentecitas, con lo que había de sobra para tener bien provista la despensa y regularmente cubierto el cuerpecillo torpe y desmedrado. Pero los dineros de la viejecita amojamada, no podían de seguro irse con ella al pudridero común, y esta reflexión pueril, tentó la codicia de su sobrino el médico; un hombrecito insignificante, hipocritón y convenenciero, que con sus mieles de caritativo, sus ademanes de intachable caballero y sus pujos de piadoso y buen cristiano, se coló de la noche á la mañana con todo y su reducida prole, hasta la misma estancia de la Rostroviejo, dispuesto á plantar allí su tienda y á sacrificar

hasta su tranquilidad personal, en auxilio y cuidado de tía tan amorosa y desprendida, que ciertamente no tendría reparo, llegado el momento de las boqueadas, en dejarlo por dueño y único poseedor de la casona solariega y de otras más, desperdigadas por barrios y callejas de la ciudad.

No había aspaviento, por ligero que fuese, nimio dolor de cabeza ó pasajera desazón sufridos por la agostada humanidad de doña Lola, que no fuese al punto conjurada ó desaparecido con menjurjes ó pócimas por el asendereado y solícito sobrino. De día y de noche, en verano y en invierno, todo su tiempo, sus energías completas estaban al servicio de aquella viejecita, postrer representante de sus generadores, por quien sentía una veneración sin límites y un amor más grande que el que pudiera abrigar por sus retoños.

Eso sí, un ojo al gato y otro al garabato, desde que don Pascual Collado y Rostroviejo (el galeno de referencia), llegó á la mansión de su adorada tía, puso en juego todas las artimañas de su

endeble magín y todos los recursos de su espíritu venal y vergonzante, para dar con la puerta en las narices á cualquier otro pariente, por allegado que fuese, si por asomo intentaba siquiera arrebatarle en un ápice la consideración y el agradecimiento de la viejecilla, que había cifrado en él, por un efecto ineluctable, la única esperanza de sosiego á su vejez, de célibe melancólica y voluntariosa.

Y en la ocasión menos pensada, cuando parecía que los sufrimientos y achaques se habían retirado un tanto del cacoquimio cuerpo de la dama claudicante; primero una ligera sofocacíon, y luego un permanente malestar, que fué acentuándose con la caída de la tarde, trocado en intensa fiebre por la noche; en un decir Jesús y á las primeras horas de la mañana siguiente, acabó con las gastadas fuerzas de la enferma, quien sólo hizo un pequeño gesto y se estiró dos veces, cuando se escapó el alma de aquella pobre materia carcomida por los desgastes del tiempo. Y así dió término el vivir de la empingorotada señora de Guzmán y Rostroviejo; quedando

nuestro estimable galeno poseedor de algunos miles de flamantes y no enmohecidos doblones.

. . . .

Y cuentan las crónicas de desocupados y juzgamundos, entrometidos y felones, que al regresar del entierro de la ilustre señora, y ya al franquear la puerta de la casona, alguien, aguzado de oído, oyó decir á don Pascual en animado soliloquio : — « Mañana, Dios mediante, y ante todo, hay que fregotear bien pisos y paredes, hasta que no quede un átomo de la polilla que por tantos años ha sido regada por esa pobre vieja. »

DÍA DE MUERTOS

DÍA DE MUERTOS

Está la tarde nebulosa y fría. Hay que sacudir un tanto la pereza y echar por el atajo común, yendo de visita á donde todo el mundo va este día, es decir, al cementerio.

Tomo, pues, camino de la necrópolis, y, sin querer, por la ruta, voy haciéndome impensadas reflexiones. La gente no está triste, es verdad, no participa de la melancólica beatitud de la tarde, no se contagia con ella, no se asimila con la naturaleza; para muchas buenas almas lo único importante es vivir, vivir satisfactoriamente, aun cuando sea camino de la nada; y hasta yo, que llevo un poco de roman-

ticismo á cuestas, acabo por contagiarme y me pregunto : ¿quizás el recuerdo de la muerte, no sea sino uno de tantos incentivos para despertar curiosidades insanas?

Pero he llegado al fin al cementerio. Por doquiera convergen los paseantes; se pierden y confunden, ya en apretado nudo, ya en disolvente lazo, por las callejuelas barridas y simétricas; los cipreses balancean sus copas, como obscuros penachos movedizos; los eucaliptos se alzan en vertical perfecta, como queriendo tocar el cielo; en cada tumba hay un altarcito, y el chisporroteo de los cirios prende en el aire y en el espacio el rojo claror de difusas lucecillas. Las flores se marchitan, se agostan con la proximidad del invierno; el amarillo jaramago y el rojo tulipán junto á la rosa desteñida, inclinan sus pistilos y consumen su lozanía al borde de la tierra, cual si gustaran de encontrar uu surco poderoso, de savia perenne y vivificadora.

Sólo, allá, hacia la última calleja, en el fondo del dédalo sombrío, como estorbo permanente,

que ha disgregado la uniformidad de la ringlera, alza su torrecita un mausoleo sencillo, y al mismo tiempo severo. En él no hay cirios, ni flores ni coronas. El musgo lo cubre; la yerba enroscándose desde el basamento ha subido sus lianas hasta la cruz del remate, como una culebra de escaras multiformes. ¿De quién será esa tumba? Acércome hasta el borde de la losa, y con dificultad, leo un nombre. ¡Ah, es la mansión de un amigo; la última morada de un ser raro : filósofo y escéptico! Murió en plena juventud de su cuerpo; pero su alma era muy vieja, su espíritu muy hondo, sus preocupaciones muy profundas. No tuvo tiempo de encariñarse con la vida : pasó por ella de prisa, enmedio de una monotonía desesperante. Quizá como no engendró afectos, por eso hoy no tiene recuerdos. Pero le dejo el mío, aunque sea, al que tiene derecho como todos estos muertos.

Mas el crepúsculo se avecina, la tarde va á morir también, es preciso marcharse, abandonar este apartamiento sombrío y aletargado. ¡Vámonos! Y ya en la puerta, al traspasar el

umbral, oigo la voz chillona de una viejecita amojamada que se duele públicamente por haberse acabado las ceras á sus difuntos. Y yo pienso : no tiene razón esta señora. ¿Para qué sirven las luces en las tumbas? La muerte debe ser respetada en el silencio y en la obscuridad. Volvamos al bullicio del mundo : prosigamos nuestra ruta, hasta que toque á su término este incesante caminar, que, al fin y á la postre, quizás nos quepa en suerte, que en un día como éste, alguien nos traiga en unas cuantas flores la perfumada brisa del recuerdo.

UN LEGULEYO

UN LEGULEYO

A unos cinco kilómetros, poco más ó menos, del pintoresco pueblo de Sacapalmillas, cuesta arriba, por caminos llenos de guijas y sinuosidades múltiples, alza su aspecto mísero y destartalado un pueblecillo de contadas casucas de terraza y otras de bálago ó tejamanil, que semejan por la uniformidad de su construcción como si hubiesen sido dirigidas por un mismo patriarca, para asilo y refugio de alguna trashumante grey. Su vegetación es pobre y poco variada, debido quizás á su temperamente frío; pues asienta su base sobre la ladera de un montecito encantador, que viene á ser como el cen-

tinela avanzado de la majestuosa cordillera del Ajusco, arrogante y caprichoso titán; que contempla desde lo alto de su exúbera grandeza, el rápido caminar de los años y la serena y grave continuación de los siglos.

Allí en ese pueblo de hombres trabajadores y unidos por los lazos de una colectividad uniforme é inquebrantable, he conocido al indio más leguleyo, truchimán y talentoso que ha salido del vientre, sin equivocarme, desde hace más de cincuenta años á la fecha. Se llama Nicomedes Pasamonte; es alto, de complexión robusta, de aspecto agradable y simpático, frente despejada, ojos inteligentes; fácil en el hablar, presto en el comprender; chancero y decidor. Si hubiera cultivado sus dotes naturales, pulimentado su espíritu y hecho carrera, hoy sería, á mi juicio, un buen abogado postulante, patrono de no sé cuantos municipios é ídolo y mentor de comarcas y lugarejos, en veinte leguas á la redonda. Pero es el caso que él vive la vida satisfecha y feliz de quien tiene que ver con todo el mundo, dentro de los

límites de su comunidad. No hay negocio por resolver, terreno por arrendar, casamiento por verificarse, desaguisado de familia, compra ó venta que llevar á la práctica, en que no tenga ingerencia directa, unas veces como árbitro y otras como consultor, el habilidoso y parlanchín de Nicomedes.

Sucedió que en cierta ocasión teniendo necesidad el rábula de Pasamonte de una caballería en que subir y bajar á horcajadas, de su pueblo á la ciudad y viceversa, hubo de entrar en arreglos con su compadre el Juez conciliador de Sacapalmillas, que se las echaba de perspicaz y conocedor del corazón humano; y en dos por tres le arrancó á éste un regularcillo jamelgo de su propiedad, á dos meses plazo y con su garantía respectiva. Por supuesto hubo de parte de Pasamonte las protestas necesarias de exacto y seguro cumplimiento.

El caballejo era bueno, ¡vaya si lo era! pero ya vería el vendedor cómo en corto tiempo no iba á conocerlo: mucha cebada, poco trabajo y ayate á mañana, tarde y noche.

Todo llega y todo pasa. Y así llegó para Nicomedes la hora de hacer el pago del apencado rocín.

Muy de mañanita se presentó Nicomedes Pasamonte ante el señor Juez, y entre reticente y melancólico, al mismo tiempo que le alargaba unos dos billetes sobre la mesa de trabajo, le dijo : — Aquí tiene usted, compadre, este dinerito, no es toda la cantidad : porque el penco se murió y, naturalmente, ya no sirve para nada ; ahora lo tengo con un remo entablado por ver si acaso es útil de chiripa para la yunta. — Pero, amigo, — le dijo su interlocutor, un tanto amoscado — cómo quiere que le sirva para algo, si es nada más que un mísero difunto.

— Bueno... bueno...; pero no recuerda su merced que le dije que en poco tiempo no había de conocerlo. Es otro, compadre, es otro caballito, que hasta en el rabo se parece al que tuvo la amabilidad de proporcionarme.

Y salió ceremonioso y satisfecho el sagaz de Pasamonte, seguro de haber conquistado uno de los mayores triunfos de su ingenio.

Por eso, días pasados en que un amigo le preguntaba á Nicomedes por la persona del secretario de su pueblo, recién nombrado para tal cargo; le contestó : — Parece buen sujeto; si se porta mal, allá él, « se friega », amigo, « se friega », le pasa lo que á mi compadre, el Juez conciliador de Sacapalmillas.

Tlalpam, 1909.

LOS CHICOS DE LA TAHONA

LOS CHICOS DE LA TAHONA

Sacapalmillas se cubría de polvo. Era al mediar de un mes de febrero opaco y ceniciento, y, lo mismo en el embanquetado de la calleja principal que en los baches eternos de sus apartados barriecillos, el aire, ese juguete de sonoros cascabeles, levantaba á su paso hojas secas y basuras diminutas que, á ocasiones, en forma de proyectiles, y á las veces á manera de un tupido velo, ya dejaban á uno medio cegato ó ya lo hacían discurrir por el arroyo, caminando « á la buena de Dios », por miedo de ir á parar como pelota de hule en cualquier enrejado saliente, de los muchos que hay en mi pueblo,

y que lo mismo sirven para atar una mula encabritada que para romperse la *estampa* con todo é incisivos superiores. Por eso, á pesar de haber dado las tres, hacía un buen rato, en el cascado reloj del Municipio, me abstuve de salir á ruar aquella tarde de tan desapacible domingo; y ya me disponía, en obvio de otros menesteres, á descabezar un sueñico, sesteando en la poltrona, cuando, de improviso, llegóse hasta mi vera, mi amigo y camarada, el ínclito Villeguitas, y, dándome una ligera sacudida por la solapa de la americana, díjome en un tono de convicción profunda, que le admiré desde el fondo de mi alma. — Pero ¿es posible, Candelillas, que tú, tan partidario de los hechos heroicos, de los problemas difíciles, de los sucesos imprevistos, no vayas esta tarde, á ver, en clásico palenque, torear á los chicos de la Tahona? A ese par de esforzados paladines, que lo mismo sirven para un barrido que para un fregado? ¡Anda, Candelillas, « no sólo de pan vive el hombre » ! Y se atusó el escaso bigotillo, me miró entre iracundo y compungido, y no se

apartó de mi lado, hasta que, dócil á su ruego, quebranté mi resolución de no salir de casa; y me dejé arrastrar como un bendito á la provisional plaza de torros, en donde encontramos media docena de jinetes, con don José del Costillar á la cabeza, quien se dignó mirarme de soslayo, desde lo alto de su cuartago alazán, en los mismísimos momentos en que se le escapaba un eructo insoportable, que en forma de céfiro indiscreto, fué á dar derecho al palco de las reinas, las cuales recibieron el tufillo por encima de los ondulantes pliegues de sus mantillas sevillanas.

Tenía razón Villeguitas, eso de desperdiciar tamaña ocasión se pasaba de menosprecio, casi era condenarse á la ceguera perpetua. Tiempo hacía que los chicos de la Tahona traían el pueblo á vueltas, en eso de ser listos y despabilados. El mayor, Pascualito, era una preciosidad — como lo pregonaba su tía, piadosa señorita antediluviana, encargada de remendarle las sandalias al san Antonio de la Parroquia, — un tesoro, especie de niño fenómeno, por lo

despejado de su intelecto y lo oportuno de sus chistes. A los trece años ya había compuesto dos odas : una dedicada al Popocatepelt, cuando hiciera erupción ; y, la otra, á un gato del mercado, que se pasaba la vida, patas arriba, sobre un cesto de chiles del Bajío. El menor, ¡oh, el menor! era algo más, casi un portento : en lo físico, llevaba exacto parecido con el Apolo de Belvedere y, en lo moral, bien pudiera aplicársele el epíteto de taumaturgo, puesto que era un sapiente matemático y un admirable economista, que andaba por aquellos tiempos, á punto de resolver el problema de la órbita ignorada de todos y cada uno de los desconocidos planetas sidereales. Este chico se llamaba Sebastián, y tenía novia, es decir, novias, lo cual no tiene nada de raro — dada su belleza plástica — é iba á despachar, según compromiso contraído, de un volapié, al primer berrendo de « El Durazno », famosa ganadería que ya casi era de cartel, según murmuraba nuestro amigo Andrés Peñuelas, muy conocedor del arte de Gaona, que *se las escupía* en eso de

tener buen ojo para apreciar y distinguir los bravos de los mansurrones.

Ciertamente el ruedo era una miniatura, á juzgar por lo pequeño de su espacio y proporciones; pues que de un solar espacioso se había tomado el ángulo de la derecha para formarlo, y con palos atravesados á discreción, por la hábil mano del jefe de suertes, se consiguió el objeto, que no era otro, sino proporcionar a la juventud solaz y esparcimiento, y á las personas mayores distracción emotiva; toda vez que en Sacapalmillas las diversiones se sucedían de tarde en tarde, quizá por lo heterogéneo de sus habitantes; pues, mientras los ricos se daban de cuando en cuando sus ágapes respectivos con el acostumbrado bailoteo; los pobres andábamos como moscas en chilar, no perdonándole reposo á la imaginación, ni atadero á las ganas de escurrir el cuerpo por el ojo de una aguja.

Apenas instaladas en el único palco de honor, las reinas de la fiesta; el jefe político, un señor muy paciente y reposado, perito en leyes y algo

flojo de entendederas, según el dicho de un profesional deslenguado, dió principio el emocionante espectáculo, saltando al caso, el primero, un torete que me pareció bagazo de lo mismo, por lo pobre de carnes y abundante de huesos, y el cual, ante la arrogante figura de Sebastianito, que lo recibió con un capotazo en las espaldas, dió en huir como alma en pena, tal vez temeroso de dar con el chico en el suelo y desgobernar á aquel pimpollo, tras del que se iban los ojos de una de las reinas, espiritual señorita, que, á no equivocarme, bien cupiera, sin sufrir apabullones, por la argolla matrimonial del escribano del pueblo, sin esfuerzo y con sólo una poca de buena voluntad.

— ¡ Bravo ! — gritaban los nerviosos, entre los cuales me encontraba yo. — ¡ Bien ! — repetían á media voz las personas gravedosas, y... ¡ Cuidado ! — apenas musitaban con el aliento las doncellas del palco, poniendo los ojillos de revés y mirando distraidamente las nubes pasajeras de un cielo azul brillante, en donde creí distinguir la silueta de Cúchares, el padre del

toreo, que hacía empujes inauditos por bajar hasta el ruedo y cubrir con la toga doctoral al chico de la Tahona, que semejaba piojo en brasa, por lo mucho que se meneaba y retorcía.

— No lo ves, hermano, — murmuraba Villeguitas débilmente y atento á los menores movimientos de los jóvenes arrojados — ó eres un ignorante ó un descreído; porque la verdad... la verdad, muchachos como éstos... ni oro en polvo.

La fiesta continuaba lentamente en virtud de la innata mansedumbre de los bichos escogidos.

Había llegado la hora suprema Sebastián con los trastos en la siniestra y el sombrerillo de pelo de conejo en la restante, .avanzó pasito a paso, contoneándose como garbanzo en olla grande; y llegado que hubo al pie del palco regio, brotaron de sus labios tales sutilezas de lenguaje y tan exquisitos pensamientos, en un brindis conmovedor y tierno, que hasta la primera autoridad perdió los estribos y en su gar-

ganta de acémila atareada se atropellaron los sollozos, formando al desbordarse el ríspido maullar de un gato en celo. ¡Qué alma tan grande tenía el señor jefe político!

Vuelto á mitad del ruedo, en actitud de gladiador altivo, esperó el chico la acometida del cornúpeto, que no se daba por entendido, buscando con los ojillos temerosos el camino de la dehesa; pero... ¿quién manda : Pedro ó las cabras? Y rejonazo por allí, sacudida por allá, fué obligado el irracional á hacer frente al matemático, rojo ya de cólera é impaciencia; quien no aguardó más y, en un abrir y cerrar de pestañas, por equivocación disculpable en el cálculo de las posiciones, hundió el espadín con todo y cacha en los cuartos traseros de la bestia, la que no tuvo tiempo más que para revolverse débilmente en un último esfuerzo convulsivo.

La ovación fué delirante : los hurras se lanzaron á los aires en ruido unísono y estridente; los chicos gritaron jubilosos é irreflexivos, los señores se pararon de sus asientos para ver mejor; una dama en la senectud, de aspecto de

madona griega, lloró á moco tendido; las reinas se emocionaron á lo vivo, y la novia del matador, irguiendo su talle de palmera claudicante, puso sobre las agitadas sienes del héroe, la corona del triunfo, con un ramo de « no me olvides », por remate, símbolo de cariño y emblema de su corazón.

Ya iba á comenzar el tramonto, cuando salió á la plaza el segundo de la corrida : un escuálido animalejo, no más grande que el primero y de idénticos instintos; era el de Rufinito, el de sobre mesa; bueno para lucirse con un poco de arrojo y discreción. ¡ Ah ! y bien se observaba á ojos vistas que la cosa se ponía de color de hormiga, ya que el bicho un tanto mohino, dió dos ó tres saltos en la arena; persiguió por buen rato á un muchachín sietimesino, comisionado como bufón del torneo, y escarbó el suelo en un arranque de instinto primitivo, cual si quisiera vengar la gloriosa muerte de su antecesor. Pero para Rufinito no existían bravatas : eso de salirle á él un animalejo cualquiera con visos de coraje... ¡pelillos á la mar! Qué ¿no había me-

dido el bicho las distancias? ¿no le había conocido su valor y sus facultades? Mal observador debiera ser el torete para atreverse á urdir tales desmanes. Por eso el chico se armó con el percal; pasó dos ó tres veces rozando con el pecho las astas recortadas, y se dió un nalgazo sin consecuencias, a causa de un resbalón con una cáscara de naranja de Zimapán. La suerte de banderillas resultó una filigrana, nada más que no tuvo la simetría requerida, por haberse volteado rápidamente el cornúpeto, lo que ocasionó que una quedara en el vértice del testuz, y la otra en el nacimiento de la cola. ¡A suerte hecha, galardón de palo!

Los gritos, los silbidos, la alharaca, en fin, de aquella balumba humana, impaciente de suyo, como lo es el espíritu de las multitudes, dió en producir cierto escozor en el ánimo del mancebo, que, perdiendo los bártulos, no acertaba ya á conservar la serena actitud del principio. ¡Maldito ladrón! Al iniciarse en el ruedo parecía una saeta, y, ahora... mal año para la dehesa entera : mostrábase mansurrón y agobiado; no

hacía más que buscar la salida, á trueque de romperse hasta los belfos con el tablaje divisorio. Y aquella multitud esperando y rebelándose! Por fin el animalucho, logra saltar las trancas divisorias y colarse de rondón, como Pedro por su casa, hasta el lugar de su rescate. Pero, hete aquí, que un par de jóvenes impacientes y resueltos, que se hallaban cérca del palenque, urden la hazaña más torpe é intempestiva, que pueda darse en los anales de la crueldad ingénita : empapan al bicho de aguarrás, y, al calor de una cerilla, el pobre irracional se convierte de pronto en una fogata movible que, saltando de nuevo al coso, al aguijoneo de los dolores, se quedó convertido en carbón, sin necesidad de que Pascualito, el diestro amojamado, pudiera realizar una nueva faz de sus proezas, dada la magnífica disposición que apuntába en él, para llevar á término las empresas más difíciles y arriesgadas.

Casi lloró de vergüenza. ¿Qué digo? pudiera ser que de piedad, si no por él, sí por el bicho, muerto á manos de un par de idiotas, que no se

distinguian del bruto más que en el traje y la corteza; resultando, á la postre, iguales en la carencia absoluta del espíritu. Porque, eso sí, los chicos de la Tahona tendrían defectos á granel, como todos; pero, en cambio, eran compasivos, bien educados y ostentaban su barniz de cultura y buenas formas. Y no me equivoco si aseguro que el mozalbete hubiera dado buena parte de sus triunfos por evitar á tiempo semejante desaguisado, propio de danza troglodita. Por supuesto que el señor jefe político, haciendo de tripas corazón, y deseando mostrar sus insólitas energias de mandón de pocas pulgas, ante la opinión pública, mandó a la cárcel al primer desarrapado que se interpuso en su camino, acusándolo de ser èl autor de tal hecho; y todo ¿por qué? pues porque el principal causante tenía agarraderas á su nave, y era hijo de un señor que bien pudiese hacer balancear la estabilidad del trono *prefectil.* Dicho mandatario era el jefe supremo de Sacapalmillas, no por méritos adquiridos, sino por la debilidad de un prócer caprichoso.

A poco empezó el desfile : las reinas, de bracero con los gárrulos mozalbetes, fueron saliendo en rítmica procesión, mostrando bien á las claras su juventud poderosa; los señorones, serios y pausadamente, caminaban charloteando con las damas; la chiquillería, alegre y bullanguera, se estrujaba y perseguía por arrebatarse alguna banderilla; los charros, caracoleando en sus caballos, parecían pregonar el poder altanero de sus corceles, y hasta los mirones del bajo pueblo en típicos comentarios, hacían el resumen de la fiesta, no asunto de todos los días en los fastos novedosos de mi pueblo.

Villeguitas y yo, salimos, los últimos del corralón destartalado. Mi espíritu bogando en un mar de reflexiones y sutilezas, y mi amigo, mostrándome el nervio de su magín observador y práctico.

Por eso, al abandonarme á la puerta de mi casa, se volvió de improviso, y díjome : — Ahora, hermano, ¿puedes negarme que prometen los chicos de la Tahona? ¿te has convencido de que están llamados á grandes destinos?

Y casi al punto de cerrar el postigo, le largué de pronto la única respuesta que se me vino á las mientes : — Es verdad, buen anigo, « donde menos se piensa, salta la liebre. »

FIN

PARÍS — IMPRENTA DE LA Vda DE CH. BOURET

BIBLIOTECA DE POETAS AMERICANOS

ACUÑA (M.). **Poesías**. Edición aumentada. 1 t. 12 (*con retrato*).
ALTAMIRANO. **Rimas** (Idilios). 1 t. 12 (*con retrato*).
ARGÜELLO. **Ojo y alma**.
BELLO (Andrés). **Poesías originales**. 1 t. 12 (*con retrato*).
CARPIO (Manuel). **Poesías**. 1 t. 12.
CARRASQUILLO. **Jardín de cristal**. 1 t. 12.
CONTRERAS. **Toisón**. 1 t. 12.
CHOCANO (J.). **Alma América**. 1 t. 12.
— **Cantos del Pacífico**. 1 t. 12 (*con retrato*).
DARÍO (Rubén). **Prosas profanas y otros poemas**. 1 t. 12.
ESPRONCEDA. **Obras poéticas**. Edición anotada. 1 t. 12.
FLORES (M.). **Pasionarias**. 1 t. 12 (*con retrato*).
— **Poesías inéditas**. 1 t. 12.
GARCÍA TORRES. **Flores de amor**. 1 t. 12 (*con retrato*).
ISAZA. **Antología colombiana**. 2 t. 12.
MÁRMOL (José). **Obras poéticas y dramáticas**. 1 t. 12.
MARTÍNEZ ALOMIA. **Nieves**. 1 t. 12.
NÁJERA GUTIÉRREZ. **Poesías**. 2 t. 12 (*con retrato*).
NERVO (Amado). **Perlas negras, Místicas. Voces**. 1 t. 12.
— **Poemas**. 1 t. 12.
OLAGUIBEL (M. de). **Canciones de Bohemia**. 1 t. 12.
PALMA (R.). **Armonías**, libro de un desterrado. 1 t. 12.
PARDO (Felipe). **Poesías**. 1 t. 12 (*con retrato*).
PÉREZ Y CURIS. **El poema de los besos**. 1 t. 12 (*con retrato*).
PEZA (J. de Dios). **Cantos del hogar**. 1 t. 12 (*con láminas*).
PIMENTEL CORONEL (M.). **Vislumbres**. 1 t. 12.
PLÁCIDO (G. de la C. Valdés). **Poesias**. 1 t. 12.
REBOLLEDO (E.). **Joyeles**. 1 t. 12 (*con retrato*).
SANTA MARIÁ (Javier). **Poesias escogidas**. 1 t. 12.
TABLADA (J.-J.). **Florilegio**. 1 t. 12 (*con retrato*).
TORCUATO BLACK (F.). **Cantos de Bronce**. 1 t. 12.
URBINA (L.). **Ingenuas** (Creer-crear). 1 t. 12 (*con retrato*).
— **Puestas del sol**. 1 t. 12.

BIBLIOTECA ASTRONÓMICA

FLAMMARION (C.). **Curiosidades de la Ciencia**. 1 t. 12.
— **Excursiones al Cielo**. 1 t. 12.
— **Desconocido (Lo)**. 1 t. 12.
— **Mundo de los sueños** (2ª parte de Lo Desconocido). 1 t. 12.
— **Elementos de astronomía** 1 t. 12 (*con láminas*).
— **Terremotos (Los)**. 1 t. 12 (*con láminas*).
— **Vida de Copérnico**. 1 t. 12.
— **Dios en la naturaleza**. 1 t. 12.
— **Estela**. 1 t. 12.
— **Fin del mundo (El)**. 1 t. 12 (*con más de 100 láminas*).
— **Mundos imaginarios y mundos reales**. 1 t. 12 (*con láminas*).
— **Narraciones de lo infinito**. 1 t. 12.
— **Noches de luna** 1 t. 12.
— **Pluralidad de los mundos habitados (La)**. 1 t. 12 (*con láminas*)
— **Urania**. Novela astronómica. 1 t. 12 (*con más de 100 láminas*).
— **Tierras del Cielo (Las** . 1 t 12 (*con muchas láminas*).
— **Historia del Cielo**. 1 t. 4 (*con láminas*).
— **Astronomia de las Damas (La)**. 1 t. 12 (*con más de 100 láminas*).
— **Iniciación astronómica**. 1 t. 12 (*con láminas*).

BIBLIOTECA DE LOS NOVELISTAS

BLEST-GANA. **La aritmética en el amor**. 2 t. 12.
— **El ideal de un calavera**. 2 t. 12.
— **Martin Rivas**. 2 t. 12.
— **El pago de las deudas**. 1 t. 12.
— **Primer amor**. 1 t. 12.
— **La Fascinación**. 1 t. 12.
CASTERA (Pedro). **Carmen. Historia de un corazón**. 1 t. 12.
CHAMPSAUR. **El nido vacío**. 1 t. 12.
CHATEAUBRIAND. **Atala y René**. 1 t. 12.
DECOURCELLE. **Los dos Pilletes**. 2 t. 12.
— **El Crimen de una santa**. 1 t. 12.
DOCTEUR (Carlos). **Por un título**. 1 t. 12.
DUMAS HIJO. **La Dama de las Camelias**. 1 t. 12.
DUMAS (A.). **El capitán Pablo**. 1 t. 12.
— **El caballero de Casa Roja**. 2 t. 12.

Dumas (A.). **El caballero de Harmental.** 2 t. 12.
— **La Hija del regente.** 2 t. 12.
— **Compañeros de Jehú.** 2 t. 12.
— **El conde de Montecristo.** 7 t. 12.
— **La condesa de Salisbury.** 1 t. 12.
— **La guerra de las mujeres.** 2 t. 12.
— **Memorias de un médico.** 6 t. 12.
— **El collar de la reina.** 4 t. 12.
— **Angel Pitou.** 2 t. 12.
— **La condesa de Charny.** 5 t. 12.
— **Los mil y un fantasmas.** 3 t. 12.
— **Los Mohicanos de París.** 10 t. 12.
— **Napoleón.** 1 t. 12.
— **La reina Margarita.** 2 t. 12.
— **La Dama de Monsoreau.** 3 t. 12.
— **Los Cuarenta y Cinco.** 4 t. 12.
— **La San Felice. Emma Lyonna.** 8 t. 12.
— **Sultanetta.** 1 t. 12.
— **Los tres Mosqueteros.** 3 t. 12.
— **Veinte años después.** 4 t. 12.
— **El vizconde de Bragelonne.** 6 t. 12.
— **Isabel de Baviera.** 2 t. 12.
— **La Regencia.** 1 t. 12.
— **Luis XV.** 2 t. 12.
— **Las Lobas de Machecoul.** 3 t. 12.
— **El Speronare.** 2 t. 12.
— **El capitán Arena.** 1 t. 12.
— **El Corricolo.** 2 t. 12.
— **Un año en Florencia.** 1 t. 12.
— **La Villa Palmieri.** 1 t. 12.
— **Las orillas del Rin.** 2 t. 12.
— **Quince días en el Sinaí.** 1 t. 12.
— **La Suiza.** 3 t. 12.
Enseñat. **Tritón.** 1 t. 12.
— **Por la honra.** 1 t. 12.
Fernández y González. **Dama de Noche.** 1 t. 12.
Ferry. **El indio Costal.** 1 t. 12.
— **Escenas de la Vida militar en México.** 1 t. 12.
Feval. **Sargento Buena Espada.** 1 t. 12.
— **El Duque de Nevers.** 1 t. 12.
— **El Parque de los Ciervos.** 1 t. 12.

FEVAL. **La Reina Cotillón**. 1 t. 12.
— **Heroísmo con faldas**. 1 t. 12.
— **La Maestra de armas**. 1 t. 12.
— **Collar sangriento**. 1 t. 12.
— **Oro, sangre y lágrimas**. 1 t. 12.
— **Bandidos de Londres**. 1 t. 12.
— **Miñones del Rey**. 1 t. 12.
— **Diabólica Trinidad**. 1 t. 12.
GENLIS. **El sitio de la Rochela**. 1 t. 12.
GÓMEZ CARILLO. **Del amor, del dolor y del vicio**. 1 t. 12.
— **La bohemia sentimental**. 1 t. 12.
— **Maravillas**. 1 t. 12.
HERNÁNDEZ. **Desequilibrio**. 1 t. 12 (Novela psicológica).
HUGO. **De orden del rey**. 2 t. 12.
IBO ALFARO. **Malditas sean las mujeres**. 1. t. 12.
INCLÁN. **Astucia. El jefe de los Hermanos de la Hoja**. 2 t. 12.
ISAAC JORGE. **María. Novela americana**. 1 t. 12.
KOCK (P. de). **El Prado de amapolas**. 2 t. 12.
LÓPEZ-PENHA. **Desposada de una sombra**. 1 t. 12.
MARY (Julio). **Los últimos cartuchos**. 2 t. 12.
MEJORES AUTORES ESPAÑOLES. **Novelas cortas**. 1 t. 12.
— **Mejores cuentos**. 1 t. 12.
NOMBELA. **Historia de un minuto**. 1 t. 12.
— **La piedra filosofal**. 1 t. 12.
— **Un hijo natural**. 1 t. 12.
— **Bisutería literaria**. 1 t. 12.
— **El último duende**. 1 t. 12.
— **La semilla y el fruto**. 1 t. 12.
PARDO. **Villabrava**. 1 t. 12.
PEZA (Juan de Dios). **Memorias, reliquias y retratos**. 1 t. 12.
PROAÑO. **En Centro América**. 1 t. 12.
RAMÍREZ. **Celeste**. 1 t. 12.
RUBÉN DARÍO. **Peregrinaciones**. 1 t. 12.
SAVAGE. **Mi esposa oficial**. 1 t. 12.
SIENKIEWICZ. **El Diluvio**. 2 t. 12.
SINUES. **Sofía Restaud**. 1 t. 12.
THEURIET (André). **Flavia**. 1 t. 12.
WISSEMANN. **Fabiola**. 2 t. 12.
ZOLA (Emilio). **La caída del Padre Mouret**. 2 t. 12.
— **Los Misterios de Marsella**. 2 t. 12.

VARGAS VILA. **Aura ó las violetas. — Emma. — Lo irreparable.**
— **Copos de Espuma.** 1 t. 12.
— **Rosas de la tarde.** 1 t. 12.
— **Alba roja.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Alma de los lirios.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Ars verba.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Camino del Triunfo.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Los Césares de la Decadencia.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **La conquista de Bizancio.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **De sus lises, de sus rosas.** 1 t. 12. Pasta de lujo
— **Divinos y los humanos (Los).** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Flor del Fango (Etopea).** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Huerto agnóstico.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Ibis.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Laureles rojos.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Páginas escogidas.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Parias (Los).** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Politicas é históricas (Páginas escogidas).** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Prosas laudes.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **República romana (La).** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **El Ritmo de la Vida.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Simiente (La).** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Verbo de admonición y de combate.** 1 t. 12. Pasta de lujo.
— **Zarzas del Oreb.** 1 t. 12. Pasta de lujo.

BIBLIOTECA DE LOS MEJORES NOVELISTAS

BAZIN (R.). **La Aislada.** 1 t. 12.
BOURGET. **La Etapa.** 1 t. 12.
— **El Fantasma.** 1 t. 12.
— **El Emigrado.** 1 t. 12.
COPPÉ (E.). **El Culpable.** 1 t. 12.
DANRIT. **El Aviador del Pacífico.**
DAUDET (Alfonso). **La Capilla del Perdón.** 1 t. 12.
— **Cabeza de Familia.** 1 t. 12.
DAUDET (E.). **La Carrera al precipicio.** 1 t. 12.
DE BRAY (Eduardo). **La venganza de una madre.** 1 t. 12.
D'IVOI. **Veinticinco centavos de Lavarede.** 1 t. 12.
FARRERE. **La Batalla.** 1 t. 12 (con grabados).

FLAMMARIÓN. **Estela.** 1 t. 12 (con grabados).
— **Fin del mundo.** 1 t. 12 (con grabados).
— **Urania.** 1 t. 12 (con grabados).
HUYSMANS. **Olas humanas de Lourdes.** 1 t. 12.
LEBLANC. **Arsenio Lupín.** 1 t. 12.
— **Arsenio Lupín contra Herlock Sholmes.** 1 t. 12.
— **La aguja hueca.** 1 t. 12.
— **813.** 1 t. 12.
— **El hombre negro.** 1 t. 12.
— **La Frontera.** 1 t. 12.
— **El vestido de escamas.** 1 t. 12.
— **El tapón de cristal.** 1 t. 12.
— **Confidencias de Arsenio Lupín.** 1 t. 12.
LEROUX. **El Misterio del cuarto amarillo.** 1 t. 12.
— **El Perfume de la Dama de negro.** 1 t. 12.
— **El Fantasma de la Ópera.** 1 t. 12.
— **El hombre de la noche.** 1 t. 12.
— **El Príncipe Agra.** 1 t. 12.
— **Reina del Aquelarre.** 2 t. 12.
— **Balaoo.** 1 t. 12.
— **El Rey Misterio.** 1 t. 12.
— **Resucitarás de entre los muertos.** 1 t. 12.
LOTI. **Las desencantadas.** 1 t. 12.
— **Mi hermano Ives.** 1 t. 12.
MAUPASSANT (G. de). **El Buen Mozo.** 108 lám. 1 t. 12.
MYRIAN HARRY. **La Conquista de Jerusalén.** 1 t. 12.
— **La Isla de Voluptuosidad.** 1 t. 12.
OHNET (Jorge). **El Vendedor de veneno.** 1 t. 12.
— **Camino del amor.** 1 t 12.
— **El Aventurero.** 1 t. 12.
— **La Tenebrosa.** 1 t. 12.
— **La Gente alegre.** 1 t. 12.
— **En el fondo del abismo.** 1 t. 12.
— **El Rey de París.** 1 t. 12.
— **El Cura de Favières.** 1 t. 12.
— **Inútil Riqueza.** 1 t. 12.
— **Un antiguo rencor.** 1 t. 12.
— **La Dama vestida de gris.** 1 t. 12.
— **La Hija del diputado.** 1 t. 12.
PREVOST (Marcel). **Vírgenes á medias.** 1 t. 12.
— **La Princesa de Erminge.** 1 t. 12.

— **El Otoño de una mujer.** 1 t. 12.
— **Cartas de mujer.** 1 t. 12.
— **Pedro y Teresa.** 1 t. 12.
STENDHAL. **Amistad amorosa.** 1 t. 12.
— **¿? Apuntes de una reina de hoy.** 1 t. 12.

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

ALTAMIRANO. **Clemencia.**
BALZAC. **Los Soldados del Imperio.**
CASTANIER. **La Orgía romana.**
— **La Hija de Creso.**
— **La Cortesana de Menfis.**
— **El Loto del Ganges.**
DOMINICI (P. C.). **Dionysos.**
HALEVY. **El abate Constantino.**
KELLER. **Amores Antiguos.**
LOUYS. **Afrodita.**
— **La mujer y el pelele.**
— **Las aventuras del Rey Pausole.**
MASSÓN. **Napoleón y las mujeres.**
REBELL. **La Nichina.**

PARÍS — IMPRENTA DE LA Vda DE CH. BOURET

